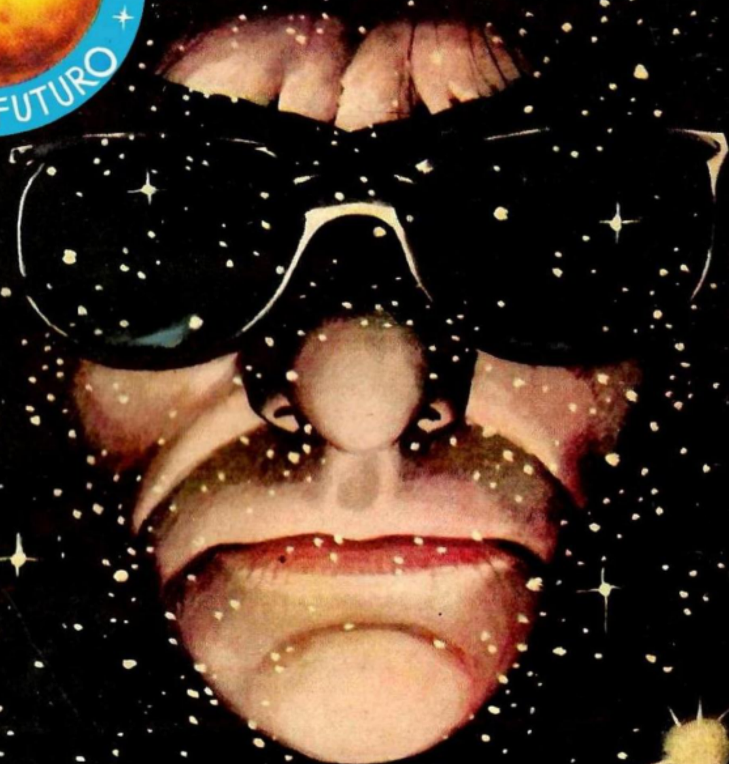
168

LA VENGANZA DE LOS HIBERNADOS

LAW SPACE





LA VENGANZA DE LOS HIBERNADOS

LAW SPACE

La venganza de
Los hibernados

Colección ESPACIO

LA VENGANZA DE LOS HIBERNADOS

por

Law Space



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51 - 53
BARCELONA

Depósito legal B. 10.543 - 1959

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. PERALTA — Pasaje de Núria, 8 — BARCELONA

LA VENGANZA DE LOS HIBERNADOS

PRÓLOGO

El «pluri-pantostático» procedía de una galaxia vecina, donde la humanidad, desde hacía mil quinientos años, se había instalado quinientos años después de la Gran Hecatombe.

El uniformado cicerone, al mismo tiempo piloto del velocísimo aparato, lo dirigió hábilmente hacia la colina donde se elevaba aquella especie de edificio, casi completamente derruido. Poco después, concretando en la pantalla de «normo-visión» la fachada de aquel edificio, el cicerone se inclinó, sobre su «ideo-parlor».

—¡Señoras, señores! Antes de visitar el resto de este planeta, que fue completamente abandonado hace veinticinco siglos, pero que sigue siendo la cuna de la humanidad, nos hemos detenido aquí para poder sentir la emoción de saludar a los que hicieron posible nuestra existencia.

»Hace dos mil años la Tierra se vio invadida por la más cruel especie de la Galaxia: los «neurones». Seres vagamente semejantes a nosotros, que habitaban Alfa del Centauro y poseían un grado de civilización técnica escalofriante para los hombres de aquellos tiempos, pusieron sus ojos en la Tierra, desencadenando lo que la historia ha guardado con el nombre de Gran Hecatombe.

»Nuestros antepasados de finales del siglo xx, es decir, exactamente los hombres del año dos mil, no poseían los medios de defenderse contra algo que les era muy superior y que poseía unos conocimientos biológicos que estuvieron a punto de hacer desaparecer la humanidad.

»Aquí, en este mismo edificio, Centro de Hibernación como así se puede leer aún en el frontispicio de la arcada central, se libró la más formidable batalla de todos los siglos.

»Dos mil años ha costado a la Humanidad reponerse, y no por completo, de aquel artero ataque. Todos sabemos que si hemos logrado salvarnos, ha sido gracias al acervo que nuestros abuelos nos cedieron. Y damos a esta palabra, «abuelos», un sentido puramente analógico, ya que, como ustedes saben, me refiero a los hombres de aquel glorioso siglo XXI, que consiguieron la más rotunda victoria.

»Nunca pudieron imaginar los «neurones» que los hombres se atreverían a levantarse contra ellos. Y fueron un puñado de valientes los que, sin medir

esfuerzos ni sacrificios, decidieron que la humanidad no debía morir, ya que le estaba reservado un papel cósmico en el Universo.

»Lean ustedes mismos lo que, hay escrito en esa losa.

La pantalla dejó ver una placa de oro en la que, con letras de molde, se leía:

A LOS QUE NOS SALVARON

Hans Fruzten

Hilda Swarsen

Lucien Dellot

Yolande Semotz

Pedro Dunariz

Irma Sorante

Luigi Buccino

Catalina Olatto.

¡A todos vosotros, héroes de la Humanidad, con la promesa de que jamás será olvidada vuestra maravillosa epopeya!

—¡Que emocionante! ¡Llega al corazón!— Exclamó una mujer.

—Si — Asintió el cicerone—. La aventura de estos hombres y mujeres posee la emoción de las viejas leyendas griegas, de las historias nórdicas, de todo lo que la Tierra nos dio como sentimiento de la belleza y el valor.

»Fueron auténticos héroes.

»Desafiaron, con un coraje sin medida, a los dueños del Cosmos, a los que sometieron a la Tierra de la más dura y cruel manera que puede concebirse.

—¿Cómo fue? — inquirió, interesado, uno de los viajeros.

—¡Eso es! —exclamó un tercero—. Nos han hablado mucho, en la escuela, de estos hombres y mujeres; pero su historia debe de haberse deformado mucho, ¿no es verdad?

—Así es — replicó el cicerone —. Todas las verdades históricas se dejan penetrar por la polilla del tiempo y decolorar por el tinte emotivo de la fantasía popular, que termina convirtiéndolas en leyenda.

»Pero ustedes han tenido la suerte de llegar hasta aquí, donde se conserva el relato detallado de lo que sucedió. ¿Quieren oírlo?

Una mujer exclamó propiamente:

—¡Si!

Los demás viajeros la corearan:

—¡Sí!

El hombre conectó el aparato con la central del edificio donde, automáticamente, el archivo magnetofónico se puso en marcha. El «ideo-parlor» vibró y los viajeros, con los ojos cerrados, se dispusieron a oír aquella historia acontecida dos mil años antes.

CAPÍTULO PRIMERO



ADA más levantarse, sin hacer ruido para no despertar a María, Pierre salió quedamente de la habitación, dirigiéndose a la ducha de vapor, que le reconfortó corporalmente en pocos segundos.

Se vistió después y bajó al piso inferior., donde extrajo su desayuno del «preparador», que, habiendo sido puesto en hora, lo hizo justo para aquel momento.

La luz del alba empezaba a filtrarse por los ventanales.

Pierre comió con apetito.

Estaba contento porque todo le iba bien y había llegado el momento de que la tierra, como cada tres meses, debido a las cosechas intensivas por radiofertilización, diese los esperados frutos.

Verdad era que Pierre hubiese podido poner en marcha la totalidad de los servomecanismos que poseía, sin necesidad de abandonar el lecho a aquella hora temprana Pero él era hijo y nieto de campesinos y, a pesar de los tremendos avances técnicos de la última década, gustaba de contemplar, ya que no podía hacerlo personalmente, cómo los robots conducían las máquinas segadoras clasificadoras y empaquetadoras que, desde la espiga, devolvían los sacos pesados y marcados, que otros robots llevaban hacia las estaciones distribuidoras o, sencillamente a los silos.

Terminó de desayunar, encendió un cigarrillo y se dirigió después hacia la salida.

Al lado de su hermosa casa, un edificio bajo encerraba la Central Electrónica que ponía en marcha todos los robots y servo-mecanismos de la granja.

Pierre penetró en ella, manejando los complejos controles. Luego, cuando los hubo encendido todos, salió justo a tiempo para contemplar la obediente hilera de robots que se dirigían hacia las máquinas.

Subió en su helicóptero particular, sobrevolando a los hombres mecánicos que, momentos más tarde, empezaron su tarea.

El hombre contempló su trabajo durante unos minutos, poniendo después rumbo al norte, para echar una ojeada a las hectáreas que serían segadas aquel día.

Fue entonces cuantío vio la mancha rojiza.

Frunciendo el entrecejo, hizo que el helicóptero descendiese, hasta casi rozar las altas espigas onduladas por el viento de sus rotores, con el tren de aterrizaje.

Aquello era inexplicable.

La mancha roja ocupaba ya una extensión de cerca de cien metros cuadrados y el trigo, en aquella parte, estaba cubierto par aquella capa rojiza cuyo origen no podía explicarse el hombre.

Decidido a salir de dudas, tendió la escala metálica, ya que no quería estropear la cosecha aterrizando sobre ella, descendiendo prestamente al suelo.

Se dirigió hacia la «mancha».

Y entonces, al acercarse, pudo ver claramente que se trataba de minúsculos insectos, una especie de escarabajos rojos, que estaban devorando vertiginosamente el trigo.

Estaba seguro de no haber visto una plaga en toda su vida, ya que el uso de los «anti-entomo-bióticos» las había borrado de la faz del globo; pero de lo que no cabía la menor duda era de lo que tenía ante sus propios ojos.

Estaba tan ensimismado, pensando de dónde podía haber llegado aquella peste roja, cuando tuvo que retroceder, ya que los insectos se le echaban encima, avanzando más aprisa que lo que nadie hubiese imaginado.

Inclinándose, observó a los que tenía más cerca, viendo que las hembras ponían huevos que, apenas pegados a las espigas, se desarrollaban, dando lugar a más voraces adultos que se reproducían al mismo ritmo enloquecedor.

Se estremeció.

A aquella velocidad su cosecha corría el peligro de desaparecer, convertida en aquella especie de polvo grisáceo que los escarabajos dejaban en pos suya.

El terror se desencadenó en su mente, como una explosión, percatándose de golpe a lo que estaba expuesto. Entonces, corriendo hacia la escala metálica, subió por ella, trepando a toda velocidad, la recogió y puso el aparato en marcha, orientándolo hacia la ciudad y, en ella, al Instituto de Agricultura más próximo.

Tras dejar el helicóptero en la terraza, penetró en el edificio, donde un ordenanza mecánico, un robot, le condujo al despacho del director técnico.

Allí, sin apenas acabar de dar la mano al hombre que le recibió con una amable sonrisa, relató lo ocurrido atropelladamente, mezclando ideas con observaciones, presa de una excitación incontrolable.

—Serénese — le dijo el otro —. Tome asiento y encienda un cigarrillo.

—Pero...

—Haga lo que le digo, señor...

—Me llamo Pierre Lemoine.

—Yo soy Charles Bon.

—Encantado.

Charles sonrió.

—Así me gusta, señor. ¿Quiere usted empezar de nuevo el relato de lo ocurrido?

Pierre obedeció, procediendo con calma y orden, sin olvidar detalle alguno.

—¿Está usted seguro de que se trata de escarabajos?

—¡Completamente, señor!

—Ya comprenderá usted que sus manifestaciones han de sorprenderme. Hace veinte años que no se ha producido un fenómeno semejante. Los insectos dañinos han desaparecido de la faz de la Tierra.

—Ya lo sé, señor Bon. Y comprendo perfectísimamente su extrañeza; pero le estoy diciendo la verdad.

—¿No vio nada antes?

—¿Qué quiere usted decir?

—Que si vio usted algo en días anteriores.

—Nada. Esta mañana ha sido la primera vez. ¡Estoy asustado!

—Lo comprendo.

Y pulsando un visófono, cuya pantalla se iluminó, pidió:

—¿Quiere venir, Claude?

—En seguida, señor.

Momentos después un joven de agradable aspecto entraba en la estancia.

—Le presento al señor Pierre Lemoine. Éste es Claude Goz, mi ayudante.

Los dos hombres se estrecharon la mano; después, Charles explicó lo que había oído por boca del agricultor.

Charles sonrió, y volviéndose a Pierre comentó:

—¿Lo ve usted? Es como si nos dijera que acaba de ver platillos volantes. ¿Quién lo creería ahora? Desde que llegamos a Marte sabemos que, con toda posibilidad, no encontraremos seres vivos en ninguno de los planetas del Sistema Solar.

—Les estoy diciendo la verdad.

—Es lo que mi ayudante va a comprobar dentro de poco. Ha traído usted su helicóptero, ¿verdad?

—Sí, pero...

La expresión angustiosa del rostro del agricultor impresionó al director del establecimiento.

—¿Qué quiere usted decir?

—No me importa que no me crean; pero, por lo que más quieran, lleven consigo alguna substancia para destruir a esos malditos insectos... ¡Se comerán mi cosecha!

Charles asintió:

—De acuerdo. Coja una buena dosis de M-CIOL, Claude. Cargue dos proyectores y dé uno al señor Lemoine.

—Bien.

Un poco después, dándole la máxima velocidad, Pierre dirigía el aparato hacia su granja, sobrevolando la zona donde los robots trabajaban para terminar, perdiendo altura, situándose sobre la mancha roja, que se había extendido mucho.

—¿Decía yo la verdad?—inquirió.

—¡Demonios!

Y después de una pausa preguntó:

—¿No podíamos posarnos cerca de aquí

—Sí.

Pierre maniobró, dejando que el aparato estropease algunos metros cuadrados. ¿Qué podía importarle aquello, comparado con la destrucción que estaban causando los malditos escarabajos?

Saltaron del helicóptero, y Pierre, empujando su proyector, se adelantó ardiendo en ganas de empezar la destrucción de sus enemigos.

—¡Un momento!

—¿Qué quiere?

—Permita que le coja algunos ejemplares.

—Dese prisa. Esos asquerosos bichos destrozan un metro por minuto.

—En seguida.

Claude se acercó, tomando con unas pinzas algunos de les animales, que encerró en un recipiente de plástico que había traído consigo. Después, volviéndose al agricultor, exclamó:

—¡Ya podemos empezar el ataque, señor!

Pierre oprimió el gatillo con rabia.

Un chorro de vapor amarillento brotó del cañón corvo del proyector, abriéndose en forma de abanico.

—Durarán unos minutos — dijo el otro, disparando a su vez.

Pero cinco minutos después Claude fruncía el entrecejo.

—No les hacemos nada — dijo.

Lemoin se mesaba los cabellos.

—¡Hay que intentar algo! ¿No ve cómo avanzan?

—Lo comprendo, señor; pero yo estoy tan asombrado como usted. Tendremos que regresar al Instituto y estudiar, en el laboratorio, estos fantásticos animales.

—¿Y qué hago yo con mi cosecha?

—Lance los robots al máximo de velocidad por las zonas que todavía no han sido afectadas. Espero llamar esta misma noche. Haga que las máquinas trabajen sin interrupción.

Pierre exhaló un suspiro.

—Así lo haré.

Claude se dejó acompañar hasta las afueras de la granja, en la pequeña villa de Aulago, donde alquiló un helicóptero. Después de despedirse del atribulado granjero, se dirigió al Instituto, donde fue directamente a ver al director.

Juntos, cuando Charles hubo escuchado las manifestaciones de su ayudante, penetraron en el laboratorio. Todavía no había sacado Claude el frasco que llevaba en el bolsillo; pero, cuando lo hizo, un estallido formidable asustó a los dos hombres, haciendo que Goz soltase el recipiente, que cayó en pedazos al suelo.

—¡Dios mío!

—¿Qué ha pasado?

—Cogí tres animales, señor... ¡Y ahora hay más de doscientos!

—Prepararemos otros recipientes.

Así lo hicieron, pasando después a observar a los curiosos insectos bajo el microscopio entomológico.

—Su aspecto externo —dijo Charles —es idéntico al de los antiguos escarabajos dorados.

—¿Abro uno?

—Sí.

El micro-manipulador destacó minúsculas manos metálicas que abrieron incisiones profundas en el cuerpo del animalillo, sujeto fuertemente a las abrazaderas de la platina del microscopio.

Deshecho, pasó a otros aparatos para ser observado con más minuciosidad.

Momentos después, cuando el interior de los escarabajos se proyectó en la pantalla que los dos hombres tenían delante, desmesuradamente aumentado por la potente óptica del aparato, ambos lanzaron una exclamación de parecida incredulidad.

—¡No poseen órganos!

—¡Sólo hay alimento!

Se miraron con un gesto de incomprensión que dio una expresión atónita a sus rostros.

—¿Cómo es posible? — inquirió Charles.

—Eso es, señor. No existe, que nosotros sepamos, ser vivo alguno que, poseyendo una estructura morfológica conocida externa no tenga en su interior los órganos que le corresponden.

—¡Es para volverse loco!

Y fue en aquel momento cuando, desde la centralilla el videófono les comunicó que Pierre Lemoin deseaba hablar urgentemente con ellos.

El rostro del campesino apareció en la pantalla.

—¿Qué hay? — quiso saber Charles.

—Ya no hace falta que se preocupen por el asunto.

—¿Por qué? — inquirió Charles.

—¡Todo mi campo ha sido devorado!

Y cortó la comunicación.

* * *

Aquella misma noche la Radio Televisión francesa comunicaba la extensión de la plaga por todo el sur del país. Alarmadas, las naciones vecinas cerraron provisionalmente sus fronteras, colocando en los puestos de aduana vigilantes de los Institutos Agrónomos para controlar el paso de todos los alimentos que, por fuerza, habían de recibir de Francia.

En su laboratorio central de París, el profesor Palamo, rodeado por sus colaboradores, estudiaba las noticias que iban llegando desde todas las partes del país.

Noticias catastróficas.

Sus colaboradores habían estudiado las muestras de coleópteros rojos, enviados desde distintos puntos, viéndose obligados a aplastar el resto, ya que se reproducían de una manera fantástica.

Las substancias más potentes fueron enviadas a los terrenos afectados, hasta entonces los trigales, no lográndose nada con los insecticidas que habían terminado con las plagas en la Tierra.

Pero las verdaderas malas noticias empezaron a llegar al día siguiente.

Lyon comunicó que los escarabajos atacaban a los árboles frutales. Burdeos se quejó de que los animales habían destrozado la mayor parte de los viñedos de la Gironde. Normandía hizo saber que sus manzanos habían dejado de existir, y las huertas del Midi corroboraron la avidez de los escarabajos, que atacaban igualmente a la horticultura.

El profesor Palamo, que había bautizado a los insectos con el nombre de «fitófagos» — comedores de plantas—, vio aquel nombre repetido por toda la prensa de la tarde y lo oyó de los labios de los locutores de radio y televisión.

Al anochecer, además de doscientos periodistas que deseaban entrevistarle a toda costa, el profesor recibió a una comisión del Gobierno francés, que fue introducida en su despacho.

Después de oír las preguntas que le fueron formuladas, el ilustre sabio contestó con voz serena:

—Señores: nos encontramos ante algo sorprendente desde todos los puntos de vista. Hace ya muchos años que las plagas de animales dañinos, entre ellos los insectos, habían desaparecido. El que estos extraños escarabajos hayan surgido nos plantea problemas insolubles, no solamente por su aparición, sino por su constitución, que en estos momentos tiene en jaque los cerebros de los naturalistas y biólogos más inteligentes de Francia.

»En efecto, nuestros estudios preliminares han demostrado que estos animales, de alguna manera hay que llamarlos, no lo son, en realidad, más que por su aspecto exterior, estando formados por una especie de masa protoplasmática de un origen desconocido.

»¿Es que vamos a ver nuevamente planteado el abatido problema de la «abiogénesis»? [1]

Sonrió, y después de un silencio continuó:

—Claro que ésta es una cuestión puramente científica que a ustedes no les interesa. Por eso, yendo de nuevo a la cuestión, hemos de formularnos una angustiosa pregunta: ¿Se extenderá esta plaga por toda la Tierra?

»¡Terrible incógnita!

»De ser así, la desaparición de las plantas, que ya por sí sola puede ser un gravísimo problema para la humanidad entera, podría terminar por aniquilamos al llevar consigo la desaparición de la fauna, ya que nuestros animales domésticos, como nosotros, se alimentan de vegetales.

»No tendríamos con qué alimentarnos.

»De ahí la importancia de iniciar una lucha feroz contra los fitófagos buscando los medios químicos, físicos o biológicos capaces de aniquilarlos. Todos los Institutos de Francia y muchos del extranjero, adonde en debidas condiciones de seguridad han sido enviados ejemplares de esos coleópteros, se dedican en estos instantes a buscar los medios que nos permitan ver las cosas con menos angustiosa gravedad.

»Los fitófagos deben ser destruidos antes que sus daños alcancen una proporción que constituya una amenaza para los humanos. Para nosotros, por desgracia, el problema alcanza ya magnitudes de desastre; pero la ayuda de los países amigos, que ya ha empezado a estudiarse en la ONU y en la UNESCO, harán que podamos salir de esta situación desesperada.

—¿Cree usted, profesor— inquirió uno de los presentes—, que pueda hallarse un procedimiento para acabar con la plaga?

El rostro de Palamo se ensombreció.

—Todo depende de las conclusiones a que lleguen los que estudian la constitución de esos curiosos seres.

E hizo un gesto final, que era como un ruego para que lo dejasen solo.

Los otros salieron.

CAPÍTULO II



OS ovoides volaban a unos trescientos kilómetros de la Tierra.

En su interior, las criaturas, ligeramente humanoides, controlaban los aparatos complejos de sus astronaves.

Tenían una especie de «cabeza», un cuerpo alargado y dos brazos delgados, poseyendo además tres miembros inferiores que les servían de trípode.

Para andar utilizaban dos de dichos miembros.

Sus nombres, esencialmente matemáticos, se representaban por cifras, que seguían a la inicial «I», de «inmutables», puesto que ellos, criaturas adultas, no podían cambiar de forma como los elementos jóvenes.

«I-2123» se volvió a su compañero sirviéndose del lenguaje telepático.

—No tardaremos mucho — dijo — en conocer los resultados de nuestra experiencia.

—Eso espero — contestó el otro—. Aunque considero un peligro estar a tan poca distancia de ese planeta.

—¿Por qué?

—Porque ya sabemos que lo habitan criaturas inteligentes que poseen medios de investigación muy adelantados.

—¿Temes que nos vean?

—Sí.

—¡No seas estúpido! He hecho que nuestras astronaves vuelen en un espacio diferente al de esos seres de la Tierra.

—Ahora comprendo.

Después continuó:

—Lo que interesa saber es si nuestros «metamórficos», a los que hemos dado la forma de esos escarabajos, cumplen su misión.

—¿Es que lo dudas?

—No. He estudiado la vida de esas criaturas, que es muy curiosa, y me he dado cuenta de que necesitan los vegetales para vivir. Suprimiendo éstos, morirán todos los seres que se alimentan de ellos, directa o indirectamente.

—¿No serán capaces de alimentarse por síntesis como nosotros?

—No. Sólo las plantas de la Tierra son capaces de hacerlo,

Hubo una nueva pausa.

—La invasión ha sido perfectamente calculada y no puede fallar.

—¡Ojalá sea así!

—¿Quieres comprobarlo?

—Me gustaría.

«I-2123» maniobró los mandos de la nave y ésta descendió rápidamente hacia la Tierra.

Seguían utilizando un espacio diferente, lo que les hacía completamente, invisibles a los ojos humanos.

Evolucionando graciosamente, el ovoide llegó a poca altura del suelo, sobrevolando las zonas afectadas.

—¿Te das cuenta ahora del trabajo que están llevando a cabo nuestros «metamórficos»?

El otro contempló aquellas desoladas tierras.

Si hubiese podido sonreír, lo hubiera hecho.

—¡Es formidable!

—Todos los vegetales desaparecerán y las criaturas superiores no podrán sobrevivir. ¿Para qué malgastar fuerzas realizando una invasión armada? Además, como hemos visto, estos seres poseen armas poderosas, ya que han llegado a desintegrar el átomo.

—Has sabido encontrar su punto débil.

—Evidentemente.

Los otros «inmutables» estaban «escuchando» en silencio.

—¿Cuánto crees que tardarán en desaparecer?—inquirió uno de ellos.

—Poco. Naturalmente, tienen reservas alimenticias, pero sin producción que se renueve no podrán hacer frente al hambre. Se destrozarán los unos a los otros y así acabarán antes.

—Es un planeta que nos conviene—dijo «I-4028».

—Sí. Habrá que realizar algunos ligeros cambios atmosféricos, pero no será demasiado difícil.

—¿Has analizado el suelo?

—Sí. Hay nitrógeno en gran cantidad.

Aquello era lo que interesaba a los «neurones», ya que era ésta su forma preferida de alimentación.

En realidad, de las tres patas que poseían, la central no era más que una especie de raíz que los «neurones» hundían glotonamente en el suelo, extrayendo el nitrógeno que les nutría.

Sobrevolaron aún otras zonas.

Para poder ver las escenas que se desarrollaban sobre la Tierra se servían de un aparato, el «espacioconvertidor», capaz de hacer visibles las cosas a través de varios espacios distintos.

—Están muy adelantados — dijo uno de, ellos.

—Son criaturas muy curiosas — repuso «I-2123». —Necesitan ciudades gigantescas y complicadas. ¡Mirad ésa!

Estaban sobrevolando Nueva York.

Después de recorrer gran parte del Globo, los «neurones» hicieron subir su nave hacia el lugar donde estaba el restó.

Estaban satisfechos.

—Habrá que preparar nuevos lotes.

—Sí. Queda aún mucha superficie verde sobre la Tierra.

—¡Pronto quedará muy poca! Hay que acelerar la producción de «metamórficos».

—¿Tenemos bastantes lotes?

—Creo que sí.

—Si no hay bastantes, pediremos más a las reservas de las otras astronaves.

Se quedó pensando.

«I-2123» se movió nuevamente hacia sus compañeros.

«I-4028» estaba preparando un nuevo lote de escarabajos rojos.

Para hacerlo se limitaba a moldear los cuerpos de otros tantos, «metaplasmáticos», que partía, dividía y fraccionaba hasta reducirlos a pulpa interna, dándoles después la forma externa que deseaba.

—¿Serán necesarios muchos más? — inquirió «I-2123».

—Sí — repuso el otro—. Ya has visto que la zona que hemos atacado no es más que una reducida parte de ese planeta. Todavía queda una grandísima extensión de zonas repletas de vida vegetal.

—Ya lo he visto.

Miró a su compañero, que seguía fabricando escarabajos.

—Ha sido una excelente idea — dijo — dar esa forma a nuestros «metaplasmáticos». Los hombres creerán que se trata de una plaga como las que combatieron hace tiempo.

—¿Cómo lograste informarte?

—¿No sabes que capturamos a algunos terrícolas? Su información fue estupenda.

Hubo un silencio mental, ya que -los «neurones» se comunicaban telepáticamente.

Después «I-6210» preguntó:

—¿Qué sabes de los seres inteligentes de ese planeta?

—Poca cosa —repuso «I-2123»—. Lo único que, sabemos es que están limitados a un espacio de cuatro dimensiones, con el tiempo entre ellas.

—¿Tiempo? ¿Qué es eso?

—Una propiedad de su espacio, ligada íntimamente a otro concepto que nosotros tampoco podemos entender: «la distancia».

—No importa. Lo que interesa es destruirlos.

—Precisamente será posible gracias a que viven en el tiempo [2].

Y los tres se pusieron a trabajar sin descanso, haciendo insectos que después enviarían a la Tierra.

La destrucción de los escarabajos en los vegetales terrícolas no era, como suponían los hombres, resultado de que los insectos devorasen los tallos y las raíces. En realidad, los escarabajos se limitaban a robar el oxígeno de las células vegetales, que morían incapaces de realizar las combustiones necesarias para la vida.

El proyecto de los «neurones» era producto de su fundamental descubrimiento del ciclo del nitrógeno, base de la vida en la Tierra.

Horas después, cien millones de «escarabajos» atravesaban los límites del espacio-3, llegando al planeta en espacio-L.

* * *

Por cientos primero, después por miles, los camiones pasaron las fronteras de Francia, procedentes de todos los países del mundo, que deseaban ayudar a aquél, herido por la peste.

El Ejército tuvo que hacerse cargo de los convoyes, escoltándolos por las carreteras y caminos del país, evitando que los grupos desesperados por el hambre los asaltasen.

Pronto no fueron suficientes las fuerzas armadas y las luchas estallaron en muchas partes de, la nación, levantándose quejas por doquier y multiplicándose los asaltos a los camiones de las Naciones Unidas.

Alimentar a noventa millones de seres, que era entonces la población de Francia, significaba un problema extremadamente difícil, ya que se elevaba a ciento ochenta millones de raciones diarias que habían de entregarse a la población. Por otra parte, la alimentación especial para los lactantes y enfermos fue una nueva complicación que las Naciones Unidas intentaron resolver, ayudando a la evacuación de millones de niños que salieron del país, siendo destinados a hogares especiales fuera de las fronteras francesas.

Se estaba estudiando ya el procedimiento de realizar un éxodo total de la población francesa, repartiéndola por todo el mundo e iniciando una «exportación humana masiva», cuando en Alemania, Bélgica, Suiza, Holanda, España e Italia aparecieron los fatales escarabajos.

Los Gobiernos se estremecieron.

De nada, habían servido las drásticas medidas para impedir que el insecto saliese del territorio francés. Al menos, aquélla era la opinión general: pero, cuando se pudo comprobar que ningún insecto había atravesado las fronteras,

ya que el examen de cuanto había salido de ellas fue riguroso en extremo, se plantearon nuevos y angustiosos problemas, de forma a explicar la aparición de la plaga fuera de Francia.

«Además — se preguntaba la opinión pública—, ¿cómo han llegado al suelo francés?»

Un movimiento de pánico estalló en Europa y fueron miles los hombres, mujeres y niños que se lanzaron, en avión, al Nuevo Continente, deseosos de huir del fatídico fantasma del hambre.

¡El hambre!

Todos habían leído algo acerca de lo que Europa padeció en la Edad Media, de aquellos esqueletos que quedaron en los campos, cuando el hambre apareció sobre la Tierra, sembrando de depauperados cadáveres los caminos y ciudades.

* * *

Charles terminó de fumar el cigarrillo; después, mirando a su ayudante, preguntó;

—¿Sabes lo que significa todo esto, Claude?

—¿El qué, señor?

Claude Goz, hundido en sus propias meditaciones, no había oído la pregunta del profesor.

—Estaba diciendo — continuó éste — que la significación de lo que ocurre no puede ser más clara: la desaparición de la Humanidad,

—¿Tan pesimista está usted, señor?

—No puede verse de otra manera, Claude. La desaparición de los vegetales, y eso lo saben hasta los párvulos, hará que los herbívoros dejen de existir y el hombre perecerá inevitablemente por falta de alimentos.

—¿No cree que se hallará antes la manera de destruir esos animales?

Charles sonrió tristemente.

—Voy a decirte algo que va a sorprenderte, amigo mío: esos escarabajos no pertenecen a nuestro mundo.

—¿Eh?

—Como lo oyes.

—Pero... ¿se da usted cuenta de lo que dice?

—Sí. Ya comprendo que puedes pensar que quiero decir que estamos siendo invadidos por criaturas del mundo exterior. Yo no llegaría a tanto.

—¿Entonces...?

—No lo sé. Quizá la Tierra haya atravesado cualquier zona cósmica; pero ¡es imposible!

—¿Imposible qué?

—Que esos escarabajos hayan surgido de la nada. Hay alguien que les ha dado esa forma para hacernos entender el peligro, para que nos percatásemos del irremediable fin que nos espera.

—¡Pero eso es horroroso!

—Es una ley de lucha, Claude. El poderoso gozó siempre haciendo ver al vencido su inutilidad de la defensa, gozándose anticipadamente en la angustia del que no puede escapar al destino que ellos impusieron,

—Eso quiere decir que las criaturas que usted supone que intentan destruirnos son inteligentes.

—¿Puede haber alguna duda? Fíjate en mi afirmación: una especie de escarabajos, coleópteros perfectos desde el punto de vista exterior, apartes en un mundo, el nuestro, del que los insectos han desaparecido. ¿Podía alguien, sin ser inteligente, «copiar» la forma de esos animales?

—No.

—Ahora bien. Tú dirás que podían haber enviado una plaga de origen y forma desconocida, sin necesidad de utilizar una apariencia que podía darnos una pista...

—Es verdad.

—¡Claro que podían haberlo hecho! Pero olvidas la maldad, el deseo de hacer daño, la satisfacción de degustar nuestra angustiosa agonía. ¡Por eso me demuestran su inteligencia!

Claude había palidecido.

—Eso quiere decir que estamos irremisiblemente perdidos.

—Sí, pero...

El joven miro el rostro contraído del profesor.

—¿Hay alguna esperanza? — inquirió con ansia.

Hubo un largo y penoso silencio; después dijo:

—No sé exactamente aún; es sólo una idea. ¿Recuerdas a aquel amigo tuyo que me presentaste hace unas semanas? Aquel rubio...

—¿Lucien?

—Sí, creo que se llamaba así. Lo primero que tienes que hacer es ir a buscarlo. Recuerdo que me dijiste que él, con otros estudiantes de ambos sexos, habían formado un equipo formidable, con fines sociales y humanitarios. ¿No era así?

—Sí. Yo les visité una vez y quedé boquiabierto.

—Perfectamente. ¿No era él el jefe?

—El presidente.

—Es igual. Avísale y que venga a verme. Yo he de hacer una visita

entretanto.

CAPÍTULO III



UROPA estaba agonizando.

Y no se trataba de una muerte rápida, como la que se hubiese esperado si la temida Tercera Guerra Mundial hubiese estallado: era algo peor.

Porque las gentes se encontraron, súbitamente, envueltas en algo especialmente espantoso, en medio de una revuelta general, en la que los más fuertes, más audaces o más criminales, se abrían paso para lograr los alimentos, que escaseaban cada vez más.

Toda la organización prevista se vino ruidosamente abajo.

Desde un principio se había contado con el poderoso apoyo de las tropas; pero, una vez más, los que las dirigían olvidaron que los soldados, además de ser números dentro de una organización rígida, eran al mismo tiempo hombres: seres humanos cargados de defectos y virtudes, con padres, madres, esposas o hijos.

Horrorizados por lo que veían, los soldados no tardaron mucho en aprovecharse de su privilegiada situación, ya que eran ellos los que conducían y custodiaban los camiones de alimentos. Así, por un motivo u otro, impelidos por el afán de ayudar a sus familias, o buscando otro fin menos justificable, empezaron a robar, primero en pequeña escala, desapareciendo después convoyes enteros.

La anormalidad del servicio de distribución, que ya era bastante precario, desembocó pronto en una anarquía completa, en una desorganización inconcebible, con los fatales resultados que de ella se podía esperar.

Y el Hambre, así, con mayúscula, se instaló por doquier, empujando a las gentes a las más violentas actitudes, borrando de sus mentes los conceptos de ciudadanía y disciplina y convirtiéndolas en fieras salvajes, seres primitivos que vagaban por las ciudades, ansiosos de matar con tal de encontrar algo que llevarse a la boca.

París, Londres, Madrid, Berlín... una a una, las grandes urbes europeas se fueron convirtiendo en ciudades vacías, por las que deambulaban seres de mirada alucinante, casi todos ellos viejos o impedidos, que no habían logrado ir hacia los campos, hacia las granjas o hacia los caminos en los que podían asaltar los pocos convoyes que aún circulaban.

Los primeros cadáveres aparecieron, además de los que resultaren de las luchas violentas, con aquel genuino aspecto de la muerte por inanición, pudriéndose en las calles de las ciudades o en los caminos o carreteras.

Nadie hacía caso de ellos.

Eran entonces tiempos en los que aún podía soñarse con encontrar algo, por muy poco que fuese, para calmar el dolor que el hambre despertaba en el estómago. Pero después, cuando todo hubo desaparecido, cuando no había posibilidad alguna de procurarse ninguna clase de alimento, las gentes tomaron el horrible camino de comer lo que fuese.

El canibalismo se inició en muchos puntos de Europa; pero, por suerte, aquella macabra derivación no era tomada en cuenta hasta última instancia, prefiriendo devorar cualquier cosa: cuero, corteza de los árboles, hierbas que no habían sido aún destruidas por los fatídicos escarabajos.

Y respecto a éstos...

Sabiendo que eran los culpables de todo, las gentes se lanzaban sobre ellos con una furia demoníaca, aplastándolos con los pies, machacándolos con objetos o piedras o quemándolos en fabulosas cantidades.

Pero pronto se dieron cuenta de que la reproducción de aquellos extraños insectos llevaba un ritmo superior a todas las posibles destrucciones. Y, asqueadas, las gentes terminaron por mirarlos con un desprecio y un asco que no eran más que la expresión externa de la impotencia y el miedo.

Cada día, en los recintos de los laboratorios agronómicos, únicos lugares que, por intuición clara, respetaba el gentío, se producían fórmulas y preparados para destruir la espantosa plaga que había caído sobre la Tierra.

Y cada día, después de pruebas y comprobaciones, los hombres de ciencia se sentían cogidos en el cepo de la angustia y de la desesperación, al comprobar que de nada valían sus desvelos y esfuerzos.

¿Qué podían hacer los venenos contra seres que, desde el punto de vista de la ciencia humana, no estaban vivos?

Se idearon todos los medios.

El profesor Palamo, de la Universidad Agronómica de París, llegó a creer

que sólo, un coagulante de albuminoide podría «matar» a los escarabajos. Las primeras pruebas «in vitro» demostraron la eficacia de aquel procedimiento, ya que la substancia disolvía el cuerpo del «insecto», vaciándolo por completo y reduciéndolo a una pulpa roja.

Vibraron todos los medios de comunicación del Globo y la noticia corrió como reguero de pólvora, cundiendo la alegría y la esperanza por doquier. Millones y millones de litros de aquel líquido fueron vertiginosamente preparados en todos los laboratorios del mundo. Y cientos de, aviones sobrevolaron las zonas afectadas, logrando ver que los escarabajos se convertían en aquel polvo rojizo.

La alegría tomó caracteres de delirio.

Pero, horas más tarde, primero en el laboratorio del profesor Palamo y después en los campos que habían sido pulverizados con la substancia, se vio con horror que los escarabajos «volvían a formarse del polvo en que habían quedado reducidos», tomando nuevamente su forma y desarrollando una actividad destructora mayor que antes del tratamiento químico por los coagulantes albuminoideos.

Al mismo tiempo, América y África señalaron la aparición de la plaga.

La Humanidad se dio cuenta de que había llegado su fin.

* * *

Lucien Dellot era un joven alto, atlético, de cabellos rubios y ojos azul oscuro. El profesor Bon le había invitado a sentarse y Claude lo había hecho también, permaneciendo unos instantes en silencio, mientras se encendían los cigarrillos.

—¿Siguen ustedes en París?—inquirió el profesor.

—¿Hay algo a hacer allí?

Ei joven sonrió.

—Siempre se puede hacer algo. Nos encargaron de uno de los depósitos de víveres y medicamentos y ayudamos a los ancianos e inválidos. Pero no vaya usted a creer que la cosa fue fácil.

—Lo comprendo.

—La gente se volvió loca y nos vimos obligados a disparar varias veces contra ellos. Al principio lo hicimos al aire, pero las salvas no les intimidaban.

—¿Y los soldados?

—Habían desaparecido por completo. Fue cuando la deserción en masa. Sólo unos cuantos gendarmes nos ayudaban. Gracias a ellos y a las armas que dejaron otros, pudimos impedir que asaltasen el depósito. Y hubiese sido una lástima, ya que tenemos cerca de mil ancianos e imposibilitados a los que, a pesar de todo, seguimos atendiendo.

—Es una situación desesperada.

—Lo terrible fue llegar hasta aquí.

—Si — intervino Claude— .Ya al ir hacia París con el helicóptero, tuve que ganar altura muchas veces.

—¿Por qué?

—Disparaban contra mí, señor— sonrió—. ¡Debían de tomarme por un pájaro comestible! Al volver hicieron lo mismo.

—Pero ¿por qué dispararon? ¿Es que se han vuelto locos?

—No, señor — repuso Lucien—. No se trata de locura, sino sencillamente de hambre. Todo lo que a sus ojos sigue organizado, defendido, significa alimento, ya que saben que los organismos oficiales y los Institutos de Investigación son suministrados por el aire. Para ellos, nuestros helicópteros eran una presa, puesto que estaban convencidos de que llevábamos algunos víveres.

—Es muy triste.

Hubo una pausa y, poco a poco, el ensombrecimiento del rostro de Charles fue cediendo; después dijo;

—Se estará usted preguntando por qué le he llamado.

—No se equivoca, profesor. Pero sé esperar.

—Bien. Voy a hablarle de algo que no es más que un proyecto. Ei otro día visité al profesor Stonosky, en París. ¿Le conoce?

—He oído hablar de él. ¿No es un especialista en la Biología de Hibernación?

Y tras una pausa añadió;

—Así es, en efecto.

—Léo Stonosky es un viejo amigo mío. Coincidimos en muchos cursillos y nos hemos estado viendo, todos estos últimos años en casi todo el mundo. Es un hombre especial, extraño, convencido de muchas cusas que el mundo ignora. Vino a Francia, hace veinte años, procedente de una Universidad polaca... y se quedó con nosotros.

Encendió un nuevo cigarrillo.

—Pero antes de que le diga el verdadero motivo de su visita quiero manifestarle que Léo, como yo y como casi todo el mundo, excepto los visionarios, está convencido de que ha llegado el final de la Humanidad.

»Todo lo que hemos hecho y lo que pudiésemos hacer, no valdría para nada. Nuestra ciencia, en el estado actual de cosas, es incapaz de oponerse a la acción que se está ejerciendo sobre nosotros.

—¿Quiere usted decir que hay... alguien detrás de todo esto?

—Es evidente.

—No comprendo...

—¿Pues va usted a entenderlo en seguida. No hay duda, mi joven amigo, que estamos siendo atacados, de una manera especial, desde fuera. «Alguien», y puede usted creer que daría todo lo que poseo por conocer su identidad, está tratándonos como vulgares insectos, destruyéndonos de una manera científica, «standard», barata, efectiva, y, al mismo tiempo, sádica.

»El empleo de esas cosas que tienen forma de escarabajos demuestra, ya se lo dije a mi colaborador y su amigo, una inteligencia malvada, pero superior, ya que ha sido capaz de concretizar una forma biológica, cuyo contenido está muy lejos de lo que nosotros consideramos como vida.

»Es indudable que, sea quien sea, nuestros enemigos descubrieron, la importancia vital del ciclo del nitrógeno, golpeándonos precisamente en nuestro punto más débil, en el centro lábil de nuestra existencia. Al suprimir los vegetales, saben perfectamente que van a terminar con toda la vida sobre la superficie de la Tierra y, por ende, con nosotros, que podíamos ser sus únicos enemigos organizados.

»No ha hecho falta, tal y como soñaban muchos, que los «de fuera» apareciesen en el cielo, pilotando tremendas astronaves y lanzando sobre nuestras ciudades extraños y paralizadores rayos azules, verdes o de cualquier otro color.

»Todo eso queda para los que hacen de su imaginación un camino de fantasía: la verdad es mucho más sencilla y, al mismo tiempo, más horrible.

»¿Qué necesidad tienen los que intentan destruirnos de que conociésemos su aspecto, de darnos una oportunidad de luchar, como se dice, «cara a cara»? Para ellos, amigo mío, no somos más que, molestas criaturas que hay que suprimir, como nosotros, desde la aparición de la microbiología, hicimos con los gérmenes patógenos.

»Esto hace que el ataque sea meramente científico, matemático diría yo. Y que los que lo provocan hayan calculado, fríamente, la cantidad de, ingredientes a emplear, como haría un químico que prepara una substancia para desinfectar una habitación.

Hizo una pausa.

—De todas maneras — siguió diciendo luego—, hay algo que, a pesar del frío calculismo matemático, no ha dejado de impresionarme desde el primer momento.

—¿De qué se trata?

—De la «forma» de esta destrucción. Hay en ella un elemento «emotivo», de esencia maligna, que, nos hace pensar un poco en la naturaleza de las mentes de nuestros misteriosos enemigos.

»Yo estoy seguro de que hubiesen podido emplear medios más rápidos y eficaces para hacer desaparecer a los hombres de la superficie de nuestro

planeta.

—¿Y por qué no lo han hecho?

—Porque son malos. Podrían habernos destruido en franca batalla, pero desean ver cómo nos debatimos contra el hambre y la desesperación.

—¿Cree, usted que eso les preocupa?

—Sí.

Hubo un silencio; después Bon comentó:

—La maldad es, desdichadamente, una ley en el universo. Por fortuna no lo domina todo, pero tiene su importancia.

—¡Es horrible!

—Lo interesante es precisar la identidad de esos seres.

—¿Cómo saberlo?

—No sé aún. El examen de los escarabajos ya nos explica algunas cosas.

—¿Usted cree

—Sí. Esos «escarabajos», aunque no lo son, poseen, indudablemente, vida.

—¿Cómo la nuestra?

El profesor sonrió.

—¡Buena observación, amigo! No, la vida de esos seres no es como la nuestra. Ya hemos visto que se les puede fraccionar sin destruirlos.

—Pero...

Era demasiado importante la pregunta que Luden quería hacer. Y dudaba.

—Diga, por favor — instó el otro.

Todavía dudó el joven unos instantes.

—Verá usted, profesor... ¿Cree que son esos seres, esos repugnantes escarabajos de pulpa los que nos invaden?

—¡Cuánto me gustaría poder contestar con certeza a esa pregunta! En realidad, amigo mío, no sabemos nada, aunque se puede suponer que esos escarabajos falsos son un arma de nuestros enemigos.

—¿Y dónde están?

—¿Los verdaderos invasores?

—Sí.

—En el espacio.

—¡Pero sin nuestros aparatos no han visto nada de particular!

Bon sonrió tristemente.

—Nuestros aparatos, Lucien, están hechos a nuestra medida, para cosas y objetos que se mueven «en nuestro espacio». Estamos desdichadamente limitados...

—No le entiendo.

—Es fácil. Imagínese unos seres que estuviesen en el campo de las ondas no percibidas por los seres humanos. ¡Pasarían completamente desapercibidos!

—No estoy de acuerdo.

—¿Por qué?

—Porque los aparatos...

El otro le interrumpió.

—Los aparatos no miden más que lo que pueden. Deben de existir millones de cosas que nuestros pobres aparatos no lograrán, por ahora, percibir ni registrar.

»Pero dejemos eso. Estamos aquí para preparar nuestros planes defensivos. ¿Ha oído hablar de la hibernación?

—Sí, pero no veo...

—Lo que viene a jugar aquí, ¿verdad?

—Eso es.

—Voy a aclarárselo en dos palabras: todo lo que nos ocurre es que estamos demasiado atrasados para hacer frente a una invasión de este género. Si nuestros enemigos hubiesen aparecido dentro de unos siglos, hubieran encontrado una respuesta justa a sus deseos.

»De ahí que yo piense en la única solución que tenemos al alcance de la mano.

—¿Cuál, profesor?

—La de preparar un equipo capaz, si no de salvar a la Tierra, al menos de vengamos, ya que nosotros tendremos que morir en este combate.

—No le entiendo.

—Un grupo de hombres podría aprender, gracias a un procedimiento que explicaré más tarde, todo lo que nosotros no hemos tenido tiempo de saber. Nuestros invasores llegan en un óptimo momento para ellos; pero, si conseguimos lo que nos proponemos, pagarán caro todo el daño que van a causarnos.

»La hibernación corriente adormece los sentidos, reduciendo el funcionamiento del organismo a un mínimo vital. Ése ha sido el problema que hemos tenido que resolver. Porque lo que nos interesa es que el «hibernado», a pesar de su pasividad orgánica, piensa y reciba las instrucciones que harán de él, en un tiempo mínimo, un hombre preparado para luchar contra los que ahora nos atacan.

—¿Puede hacerse eso? Me refiero a permitir que el cerebro funcione, en el cuerpo de un hibernado.

—Sí. Eso se ha logrado.

—¿Y serán necesarios muchos hombres?

—Hombres y mujeres.

—¿Por qué mujeres?

—Porque serán ellas el núcleo de la nueva Humanidad.

—Comprendo.

—Pero ¿cae eso dentro de los planes para combatir a nuestros enemigos?

—Sí. Y dentro de poco, cuando el propio profesor nos explique el funcionamiento de su «hipnomnemóforo», verán ustedes si el arma que poseemos puede servirnos para, al menos, no hincarnos cobardemente de rodillas ante los que ya nos consideran irremediablemente perdidos.

CAPÍTULO IV



ÉO STONOSKY era un hombre extraordinariamente delgado, todo osamenta, que se defendía por hacer posible que el traje gris que llevaba no se cayese al suelo.

Su cabeza destacaba, en la línea de su precaria anatomía, como algo insólito, casi descomunal, desproporcionado, con una amplísima frente que avanzara, sin obstáculos pilosos, hacia el centro del cráneo.

Gruesas y azuladas venas corrían por sus sienes y las arrugas trazaban una plantilla continua sobre la piel rugosa., por encima de sus cejas pobladas.

Poseía una nariz aguileña, prominente y desafiante, sobre unos labios delgados y exangües. El mentón redondo y bien rasurado colgaba debajo, como un adorno innecesario y fantasioso.

Los gruesos cristales de sus galas de miope ocultaban casi por completo el límpido de sus ojos claros, pero el brillo, quizá concentrado por las lentes de sus pupilas, ponían puntos luminosos que parecían medir la intensidad fantástica de su cerebro, siempre preocupado por miles de cosas distintas.

Su voz era suave, sin muchas inflexiones, neutra como el lenguaje matemático, desprovista de entonaciones ni acentos que demostrasen una

pasión que, como hombre de ciencia, desconocía.

Charles le presentó a su ayudante y al joven Dellot. Antes de pasar al despacho, se sirvió un bocadillo en el «living», haciendo Goz que les llevasen el café — una verdadera taza de sibaritas en aquellos tiempos — al despacho.

En honor de su visitante, el profesor sacó una caja de puros y distribuyó uno a cada uno, excepto a Lucien, que fumaba únicamente cigarrillos.

—Este joven — dijo Goz cuando la habitación empezó a llenarse de humo — es el presidente de la curiosa asociación de la que te hablé.

Los lentes de Stonosky se volvieron hacia Lucien.

—¿Cómo se les ocurrió formar una asociación de ese tipo?

—Todo nació un día, cuando nos enteramos, todavía estábamos dispersos, pero ya nos reuníamos algunos de una forma esporádica, de que dos de nuestros compañeros de la Universidad Internacional, dos mexicanos, se veían imposibilitados para proseguir sus estudios, ya que las fincas de sus padres habían sido completamente destruidas por un tifón.

»Según parece, es decir, como supimos mucho más tarde, hubo mala fe por parte de la compañía de seguros y estos tíos jóvenes se encontraron repentinamente arruinados.

»Las ayudas escolares, aunque prevén todos los casos, no son ni mucho menos suficientes para impulsar una carrera truncada. Ni siquiera podían volver a su país, donde, por otra parte, nada positivo hubiesen encontrado.

—¿Qué hicieron ustedes?

—Nos reunimos, formando, a partir de aquel momento, algo que ya se empieza a conocer con el nombre de «GAU».

—Que significa...

—«Grupo de Ayuda Universitaria». Su nacimiento es reciente, pero ya se ha hecho una labor bastante grande.

—¿Son ustedes todos hijos de padres pudientes?

—No, Ésa es la excepción, ya que solamente Luigi Buccino, nuestro amigo italiano, puede decirse que sea rico de verdad.

—¿De dónde sacan ustedes lo que necesitan para ayudar?

—De nuestro trabajo. Hemos montado una serie de departamentos, en cada uno de los cuales opera alguien de nosotros: hay uno de consultas jurídicas, otro de asesoría médica, yo llevo un departamento de electrónica. La gente nos consulta e incluso nos requiere para montar instalaciones o hacernos cargo de ciertos negocios que no pueden regir. Así hemos conseguido unos ingresos saneados que van, casi en su totalidad, a verterse en la ayuda de los que lo necesitan.

—Es curioso.

Y después de un corto silencio preguntó:

—Existe, pues, un verdadero espíritu de equipo, ¿no?

—Perfecto.

—¿Son todos ustedes varones?

—No. Estamos organizados por parejas. El comité del que soy presidente está formado por cuatro parejas, cada una de una nacionalidad: francesa, alemana, iberoamericana e italiana.

—Comprendo. ¿Son ustedes solamente ocho?

—En el comité sí, pero cada departamento consta de diez individuos y hay doce en total. Ahora bien, si usted se refiere al lado espiritual de la cosa, es evidente que sólo hay hermandad completa en el comité directivo.

—Lo suponía.

Encendieron nuevos habanos y Léo dijo después:

—El amigo Charles me habló de ustedes, al mismo tiempo que discutía conmigo un proyecto que —sus ojos se entornaron— puede parecerle fantástico, pero que ambos, él y yo, consideramos de la máxima importancia.

—Usted dirá.

—El profesor Bon ya le habrá hablado del peligro que corremos todos y de la seguridad que tenemos de que se trata de un acto realizado por seres de fuera del Sistema.

—Sí, ya lo sé.

—También estará enterado que estamos dispuestos a hacer algo para dar a nuestros atacantes lo merecido o, al menos, intentarlo.

—Ya.

—Bien. Lo que creo que no se explicará aún es su presencia aquí, entre nosotros. Y para acabar con las dudas y suposiciones, de las que nunca fui amigo, voy a empezar diciéndole que contamos con usted y ese equipo que usted dirige.

Lucien enrojeció.

—Si se trata de algo que, como supongo, está destinado a defender a la Humanidad, pueden contar ya con todos nosotros.

—Gracias. Esperaba una respuesta como ésta.

Y después de una pausa continuó:

—Usted ya sabe que me dedico, de una manera especial, al estudio de la hibernación.

—Sí.

—He hecho miles de experiencias, que ahora no vienen a colación, pero lo que considero más interesante es contarle algo sobre el invento de mi «hipnomnemóforo».

—¿De qué se trata?

Stonosky se arrellanó en el sillón, mordiéndose los labios, como si pensase en algo profundo; luego, adelantando un poco el cuerpo, dijo:

—En la hibernación todos los procesos vitales se hallan notablemente disminuidos, aletargados serla la mejor palabra. Incluso la actividad cerebral y, por tanto la mental, se hallan provisionalmente detenidas.

»Ya sabe usted, por otra parte, que el Hombre clamó siempre contra el poco tiempo que la vida le daba para estudiar todo lo que fuese interesante o necesario para él. Una verdad así se defiende por sí sola.

»Hace años, nueve concretamente, yo ya estaba preocupado por este asunto cuando, repentinamente, y de una forma por completo casual, una noche encontré en París a un niño de unos doce años medio muerto de frío. Era un pobre miserable, uno de esos abandonados que, sin padres ni familia, sigue siendo un acuciante, y vergonzoso problema para nuestra sociedad, ya que escapan a todo control posible.

»Tuve lástima de aquel demacrado muchacho y lo llevé a casa, seguro de que los Centros para Jóvenes no serían una buena solución para él. Durante un año lo tuve a mi lado e intimamos mucho. Yo le hablaba de mis proyectos y, aunque no entendía muchísimas cosas, le encantaba trabajar conmigo y hasta le permití que hiciese algunos ensayos de hibernación con animales.

»Pero un día me, dijo que deseaba serme útil y que estaba dispuesto a secundarme, como conejo de Indias, en los experimentos que yo hacía con chimpancés jóvenes.

»Él ya había visto que yo trabajaba con cuadrumanos a los que, una vez en estado de hibernación, les conectaba un «hipnomnemóforo», haciéndoles aprender cosas que jamás habían visto en su vida.

»Así, él sabía que yo logré, con un chimpancé, enseñarle a abrir un paquete, en cuyo interior había una caja, sin que nunca, antes, hubiese visto ninguno de aquellos objetos.

Lucien se interesó apasionadamente e interrumpiendo inquirió:

—¿Lo logró, profesor?

—Sí. Mi aparato no se limita, como muchos que han hecho, a repetir, por medio de una cinta magnetofónica, una serie de conceptos que, durante el sueño, recibe el sujeto de experimentación con la finalidad de aprender.

»Las llamadas escuelas oníricas y que todos conocemos siguen ese «modus operandi». En cambio, en mi aparato se logra algo más interesante, ya que además de la voz, proyecto en la mente del sujeto imágenes y dibujos y hasta películas si es necesario.

Lucien preguntó:

—¿Cómo lo consigue?

—Por un procedimiento semejante al utilizado en la televisión. Todos sabemos que, gracias al cesio, la TV convierte efectos fotónicos en

electrónicos y vuelve a transformarlos en el aparato receptor. Estudiado el electroencefalograma, adaptado a un aparato sensible a la energía eléctrica del cerebro, logré «visualizar» las ideas del hombre que después de todo, son ideas tridimensionales, en blanco y negro, como las proyecciones del cine de antaño.

»Una vez conseguida la conversión de las ideas en imágenes, sólo faltaba hacer el trabajo inverso y esto se ha conseguido gracias al «hipnomnemóforo».

»Por eso mi joven prohijado, cuando fue sometido a hibernación, aprendió, en un año que duró el tratamiento, todas las materias que componen el doctorado y la carrera de ingeniero astronáutico, ya que tal era su particular deseo.

—¡Fantástico!

Y después de una pausa, viendo que el profesor guardaba silencio, preguntó:

—¿Qué pasó después, señor?

Stonosky tardó un poco en contestar.

—Daniel se alistó en las Patrullas del Espacio. Viene de vez en cuando a verme, pero yo le había tomado un gran afecto y me dolió, ¿por qué no decir la verdad?, que se fuese.

—Comprendo.

Un nuevo silencio se instaló en el despacho y nadie se atrevió a romperlo. Fue el propio Léo quien poco después concluyó:

—Eso le demuestra, joven amigo, que poseemos un arma que puede ser formidable si, como creemos, sirve para que la Humanidad no desaparezca por completo.

—¿Cree usted que con ese aparato podríamos...?

—Sí. Nuestro proyecto, el del profesor Bon y el mío, sería hibernar a un grupo de jóvenes de ambos sexos, que se echasen sobre la espalda la responsabilidad de vengar a la especie humana y evitar que ésta desaparezca.

—¿Y con qué medios contarían esos jóvenes?

—Se ha dispuesto que muchos centros de investigación e industrias cierren, en sótanos fuera del alcance de cualquiera, herramientas y máquinas de todas clases, así como una reserva de armas. Además, en los sótanos del Instituto de Hibernación, hay ya armas, municiones y provisiones sintéticas para que los hibernados las consuman y usen al despertar.

»Pero no es eso lo importante, sino que los hibernados recibirían durante el tiempo que dure su letargo una cultura superior corno jamás una criatura humana ha podido poseer. Porque ya sabe usted, que puede aprenderse en 24 horas de sueño lo que le tardaría un mes en aprender en estado de vigilia.

—¿Y cuánto tiempo habrían de permanecer los hibernados en su estado?

—preguntó Lucien.

—Veinte años.

—Entonces...

Stonosky sonrió.

—Sí, ya sé lo que quiere usted preguntar: ¿qué equivalente tendría el aprendizaje durante todo ese tiempo, no es así?

—Si.

—El de los estudios que podría hacer un ser humano durante seiscientos años, sin descansar ni un solo instante.

—Eso equivaldría, aproximadamente, a seis vidas humanas o algo más.

—¡Mucho más, amigo mío! ¡Muchísimo más!

—No entiendo.

—Verá usted: un hombre estudioso dedica, cuanto más, cuarenta años de su vida al trabajo intelectual. Cuarenta años que, en realidad, no son más que veinte, ya que pasa la mitad de ese tiempo durmiendo, comiendo, lavándose, vistiéndose...

—Sí.

—Veinte años de estudio ininterrumpido, en el mejor de los casos, significaría, en nuestro caso, treinta vidas humanas corrientes; es decir, lo que treinta sabios pudiesen hacer en toda su existencia.

—¡Fantástico!

—Pero eso no es todo. Porque nunca se ha dado el que un hombre pueda captar los conocimientos de treinta generaciones, albergándolos ordenadamente en su cerebro. Las mentes de los hibernados serán tan formidablemente superiores, que cuesta trabajo concebirlas.

»Ellas serán las mejores armas para combatir a los que nos destruyen ahora. Y, si cumplimos este cometido, si hacemos posible este deseo de natural supervivencia, podremos decir que nuestras vidas, que ya están al borde de su fin, habrán servido para algo.

—Cuesta trabajo creerlo.

—Lo comprendo.

—Sobre todo, veo un riesgo en este maravilloso proyecto.

—¿Cuál?

—¿Y si los invasores descubren a los hibernados? Éstos, naturalmente, no estarán en condiciones de percatarse del peligro.

—Es verdad. Si los invasores los descubriesen, todas nuestras esperanzas se vendrían abajo, aunque, en última instancia, la muerte de ese grupo sería un final fácil, puesto que no se darían cuenta de nada.

—Ya... Yo he oído poco sobre hibernación y sé que se necesitan aparatos

para prolongar ese letargo artificial.

—Así es, en efecto.

—¿Quién cuidaría de esos aparatos?

—Dyzurny Rucho.

—¿Quién es?

Léo sonrió.

—Un cerebro electrónico. Fue mi más complicado trabajo estos últimos años. Lo construí para trabajar solo y con la seguridad de que las cámaras de hibernados funcionaban por si solas.

—¿Y el nombre?

—En Polaco. Dyzurny Rucho significa «vigilante», No pude evitar bautizarle en mi lengua.

—Así que el vigilante es capaz de controlar la marcha de los aparatos que mantienen la hibernación. ¿No es así?

—Si Posee tanques coa sustancias para 1a refrigeración, un control respiratorio para cada lecho, controles circulatorios y nerviosos completos. El «vigilante» es capaz de llevar a cabo su minuciosa labor durante años sin cometer el más pequeño error.

—Es formidable.

Stonosky volvió a arrellanarse en el sillón, cerrando los ojos. Fue entonces cuando Charles Goz creyó llegado el momento de intervenir.

—Ya ha oído usted, Dellot, todos nuestros proyectos. Y también comprenderá qué es lo que deseamos de usted y de su grupo.

—Sí. Y, como antes, vuelvo a repetir que pueden contar con nosotros... aunque...

Se interrumpió.

—¿Aunque qué?

—¿No creen que habrá alguna manera de impedir que la Humanidad perezca?

—No. Los invasores han llegado en un momento bueno para ellos, cuando nuestra civilización y nuestra ciencia son incapaces de poder defenderse; de ahí que con el empleo del aparato del profesor Stonosky, durante veinte años, sobre sus mentes dormidas, esperemos que posean los conocimientos necesarios para borrar a los enemigos y destructores de la Humanidad de la faz de la Tierra.

Lucien encornó los ojos.

—¡Veinte años!—suspiro—. ¿No estaremos demasiado viejos profesor?

Leo abrió los ojos y tornó a inclinarse en su sillón.

—No. Respecto a eso, puedo darle una respuesta concreta, exacta como

una ecuación matemática: el envejecimiento de los tejidos en hibernación es de un año por cincuenta, y conste de que hablo del «tiempo tisular», único que cuenta en Biología. Eso quiere decir que cuando despierten, apenas Habrá pasado, para sus organismos, medio año de vida normal.

»Serán jóvenes y poseerán la energía centuplicada que su sabiduría les proporcionará, por primera vez, en la historia del mundo, la Tierra estará poblada por verdaderos superhombres.

Lucien asintió con un gesto de cabeza.

—Comprendo. Otra pregunta, por favor.

—Las que quiera.

—¿Serán las muchachas sometidas al mismo procedimiento de educación?

—Sí. Las madres de los futuros hombres deben poseer una, formación cultural como la de sus esposos. Además, estamos plenamente convencidos de que la mentalidad femenina se presta, mejor que la del varón, a ciertos aspectos sensitivos del cerebro.

—Por ejemplo...

—La telepatía y la teleportación. Ya sé que ahora todo eso no son más que conceptos vagos, difusos, imprecisos. Pero hay, entre los conocimientos que el «hipnomnemóforo» les proporcionará, cursos de estas materias, que considero importantísimas, ya que habrán de servirse de esos nuevos poderes para luchar contra los que nos atacan.

—¿Cómo es que está usted tan seguro de todo eso, profesor?

—Porque ahora mismo, cuando estamos siendo atacados, no sabemos absolutamente nada de nada. ¿Cómo han llegado esos odiosos escarabajos a la Tierra?

—No lo sé.

—Ni nadie lo sabe. Pero es indudable que han llegado, que alguien los arrojó desde cerca de la superficie. Sin embargo, nuestros medios de detección: radar, sonda acústica., radiotelescopios, no han sabido sernos de utilidad alguna.

Lucien asintió.

—Es verdad.

—Por esa misma causa necesitarán ustedes poseer nuevas armas mentales. ¿Cree usted que hubiera yo calculado un lapso de tiempo de veinte años, si supiese que con media docena bastaría para hacerles capaces de derrotar a esos asesinos cósmicos? No, amigo mío. Porque, aunque voy a desaparecer, como muchísimos millones de seres, deseo, con toda la fuerza de mi alma, que la Humanidad sea vengada.

—Lo será.

Stonosky sonrió.

Dijo:

—Ya sé que ustedes lo harán. Ahora, señor Dellot, debe usted regresar a París y ponerse de acuerdo con sus amigos, viendo si están dispuestos a secundar el proyecto.

—Lo estarán.

—Mejor que mejor. Nosotros tres, mientras tanto, ultimaremos los preparativos en mi Instituto. Allí les esperaremos, digamos dentro de una semana, ¿vale?

—De acuerdo.

Léo se levantó, fue imitado por los demás; todos se despidieron.

Momentos más tarde, Lucien, conduciendo su helicóptero, volaba hacia París, con la cabeza llena de conceptos raros, de visiones tremendistas.

No podía impedir el verse tendido en un lecho, aparentemente muerto y en el que iba a permanecer... ¡veinte años!

Se estremeció.

¿Cómo sería la Tierra cuando despertasen? ¿Conocerían, por fin, a los invasores?

Estaba nervioso, intranquilo, excitado. Y tuvo que despertar bruscamente de aquel ensimismamiento al oír silbar las balas que unos fanáticos le disparaban desde los arrabales de la ciudad.

Miró hacia abajo, mientras hacía que el aparato se elevase.

Allí estaba París que, como casi todas las ciudades del mundo, se iba a convertir en la tumba de una humanidad que, hacía millones de años, apareció con el destino de hacerse dueña absoluta del planeta.

Y ahora cuando lo había conseguido, cuando su poder se extendió hasta el lejano Plutón, en la frontera espacial del Sistema Solar, alguien, desde lo oculto de su poder, dictaba el fin de una civilización magnífica, de un mundo en el que la aurora de la esperanza había empezado a brillar, justo cuando las tinieblas de la noche y de la muerte llegaron...

CAPÍTULO V



UCIEN habló con calma, explicando todos los detalles de la larga conversación que había tenido en un centro de la ciudad del Sur de Francia. Describió detalladamente la situación y habló de los proyectos que los profesores Bon y Stonosky le habían expuesto.

Luego dijo:

—Claude les habló de nosotros y esos hombres creen que somos los elementos que ellos necesitan para intentar salvar a la humanidad. Como ya habéis oído, desean someternos a una hibernación prolongada, influyendo sobre nuestras mentes en letargo, de manera a que cuando despertemos podamos estar en condiciones de derrotar a los que desean destrozar la vida sobre la Tierra.

—Según lo que has dicho — intervino Hans—, estaremos en Hibernación durante veinte años.

—Sí.

—¿Y sí cuando despertamos se han ido los invasores, a los que podíamos llamar mejor destructores? Porque es muy posible que no se trate más que de eso: ellos han descubierto la existencia de nuestro Sistema y la de una raza inteligente que, en lo futuro, podría llegar hasta sus planetas de origen. Si se limitan a destruir, nunca podremos luchar contra ellos.

—Hans tiene razón — apoyó Pedro, el mexicano —. Al despertar de la hibernación, no poseeremos medios para seguirlos, si es que han regresado a sus mundos de origen. Y si nos limitamos a forjar una nueva humanidad, dentro de unos años, mil o dos mil o los que sean, volverán a repetir la hazaña de ahora y nuestros esfuerzos habrán sido baldíos.

—Yo no sé — replicó Lucien — los medios que poseeremos cuando salgamos de la hibernación, pero creo que deberán ser formidables, ya que el profesor Stonosky lo ha asegurado. No olvidéis que jamás estuvo la mente, de un hombre trabajando sin cesar veinte años, sin interrupción alguna.

—Lo que yo no veo claro — dijo Luigi — es cómo vamos a descubrir unas criaturas, si es que lo son, que ninguno de nuestros medios de detección ha señalado.

—Yo tampoco lo sé — protestó Dellot—. Ya os he contado lo que se discutió con esos hombres de ciencia. Es indudable que ellos ven el problema desdé un punto que a nosotros se nos escapa por completo. Estoy seguro as que Stonosky pudo decir muchísimas cosas más, pero que no lo juzgó oportuno, sea por lo que fuera.

—La aventura es tentadora — dijo Pedro—, poro no es eso solamente lo que debe arrastrarnos a ella, sino la utilidad de nuestro esfuerzo. Ya sabemos todos que la vida en la Tierra no tardará mucho en extinguirse. Todas las partes del mundo están ya afectadas por esos falsos escarabajos y pronto se habrán terminado los vegetales, rompiéndose definitivamente el ciclo del nitrógeno y desapareciendo todo rastró de vida.

»¿Os dais cuenta del mundo en el que despertaremos, amigos míos? Un planeta desierto, muerto, acabado... un mundo en el que rehacer la humanidad será completamente imposible. Porque ¿dónde encontraremos los alimentos necesarios para vivir?

—Hay una reserva formidable en los sótanos del Instituto del profesor Stonosky.

—Bien. Supongo que se habrán preocupado por sacarnos del atolladero al despertar, pero... ¿y después? Esperan de nosotros que seamos la base de una nueva humanidad. Ahora no somos más que ocho personas, pero después iremos creciendo y el problema de la alimentación volverá a ser acuciante. ¿No es verdad?

Hubo un silencio y Lucien sentenció:

—Ya sé que nuestro porvenir no será nada halagüeño. Como acaba de decir Pedro, despertaremos en un mundo hostil... muerto; pero, si hablamos del futuro con seguridades negativas, ¿por qué no podemos tener algunas esperanzas también?

—¿Qué quieres decir?

—Que no seremos lo mismo cuando despertemos, Pedro. Y que muchísimas cosas que no solamente no vemos ahora, sino que ni siquiera podemos intuir, serán posibles dentro de esos veinte años.

Pedro sonrió,

—Yo no niego — dijo — que nuestra mente no progrese enormemente, pero ¿de qué nos servirá una inteligencia de supergenios si no hay nada que llevarse a la boca? En cuanto a las armas que has dicho hay almacenadas en los sótanos del Instituto, ¿de qué nos servirán si de nada han servido ahora contra enemigos invisibles?

Lucien frunció el entrecejo.

—Yo no deseo obligar a nadie a que me siga, pero quiero deciros que estoy dispuesto a hacer algo para demostrar a nuestros enemigos que la humanidad no se rinde tan fácilmente y que no puede, desaparecer así como

así.

—¿Y quién te lleva la contraria? — inquirió Pedro—. Todos estamos dispuestos a seguirte a la hibernación.

—¿Entonces...?

—Sólo deseamos poder entrever, aunque no sea de una manera completa, lo que podremos hacer al despertar. ¿No te das cuenta lo doloroso que sería no poder hacer nada?

—No lo sabemos.

—Bien... Ya me doy cuenta de que debemos embarcarnos en esa aventura a ciegas, ¿no es así?

—Sí — replicó Dellot.

Y mirando a los demás dijo:

—Esta tarde nos esperan en el Instituto. Los preparativos para nuestro largo viaje a través del tiempo son un poco complicados y los dos profesores quieren estar seguros de que todo irá bien. Vuelvo a repetiros, a pesar de las palabras de Pedro, que agradezco, que no quisiera que ninguno de vosotros hiciese nada contra su voluntad.

Rieron.

—Todos estamos a tu lado —dijo Hans— y todos queremos cargar con la hermosa responsabilidad de hacer lo imposible porque la humanidad no desaparezca, al mismo tiempo que deseamos vengar la muerte de tantos millones de seres, que no han cometido más delito que formar parte de la especie humana. ¡Cuenta con nosotros!

* * *

Penetraron en el Instituto de Hibernación por una puerta que Léo había señalado a Lucien. El edificio estaba en los alrededores de la ciudad y, por suerte, fuera de la zona que seguían recorriendo las turbas hambrientas y desesperadas.

Toda la parte superior del edificio estaba desierta y Claude, que fue quien les abrió la puerta, les guio por una serie de pasillos, haciéndoles bajar unas escaleras hasta detenerse ante una puerta blindada que se abrió poco después.

Un pasillo amplio les condujo a una especie de anfiteatro semicircular donde Charles y Stonosky se encontraban.

El polaco estrechó la mano de Lucien y éste, volviéndose hacia sus amigos, hizo la presentación.

—Aquí está mi equipo, profesor: Hans Fruzten; Hilda Swarsen.

—Encantado.

—Yolande Semotz, mi compañera.

—Mucho gusto, señorita.

—Pedro Dunariz e Irma Sorante, los mexicanos de los que le hablé.

—Contento de conocerlos.

—Y Luigi Buccino y Catalina Olatto, ambos italianos.

—Perfecto, muchachos. Siéntense, por favor.

Lo hicieron y Stonosky, situándose junto a la mesa central dijo:

—No saben cuánto les agradezco que se presten a esta magnífica experiencia. La humanidad del futuro no olvidará esta gesta y sus nombres serán recordados con agradecimiento por todos.

»Ya saben que quedan pequeñísimas colonias en los planetas exteriores, puesto que Venus y Mercurio no son aptos para la colonización. Estamos sin noticias de esos grupos humanos, aunque es casi seguro que ya hayan pagado el tributo a los asesinos del espacio.

»Esto quiere decir que serán ustedes, amigos míos, la semilla de la futura humanidad. Sus hijos, los hijos de sus hijos y los descendientes de estos, poblarán nuevamente la Tierra y volarán de nuevo por el espacio a la conquista del Universo.

»Y no es que deseemos que la nueva humanidad intente hacer como sus enemigos actuales. Lo que queremos es que esta magnífica semilla no se pierda. El hombre está, en verdad, cargado de defectos; pero también posee virtudes que, bien orientadas, pueden llevar a la humanidad por nuevos y hermosos caminos.

»¿Cómo podemos dejar de brindarle esta nueva oportunidad'?

»Además, ustedes van a salir de la hibernación maravillosamente preparados, con una cultura como jamás soñó nadie, poseer. Es evidente que esta cultura será un principio emocionante para los hombres del mañana.

Sonrió.

—Ya los veo, fuertes, potentes, equilibrados, como poderes formidables, formar una humanidad serena, sin bajas pasiones, dedicada por entero a poner armonía y paz en cuantos mundos hollen sus plantas.

»¿No es emocionante? ¿No sienten ustedes lo mismo que yo experimento en estos momentos? ¿No merecen nuestros esfuerzos y desvelos el lograr que los malévolos designios de nuestros misteriosos atacantes sean baldíos?

Los rostros de los jóvenes expresaban una decisión que no necesitaba comentario alguno.

—Me imagino— dijo todavía el polaco — que hay muchas preguntas, innumerables dudas en sus mentes y que no se pueden imaginar cómo serán al despertar ni qué clase de mundo hallarán al abrir nuevamente los ojos.

»Tampoco lo sé yo.

»Porque nadie puede llegar a imaginar lo que sus mentes darán de sí después de una enseñanza como la que van a recibir. Sería imposible hacer

cálculos de los poderes que van a recibir de lo que podrán hacer cuando estén en disposición de emplearlos.

»Desde luego — y su voz tomó un tono de pleno convencimiento —, la raza que despertará aquí dentro de dos decenios será completamente distinta a la nuestra, pero esta diferencia será sólo desde el punto de vista mental, ya que su aspecto físico no cambiará en absoluto. En cuanto a ésta, especialmente, se encontrarán con la misma potencia orgánica que ahora, reforzada por una mente más clara, una visión más nítida de las cosas y un poder de penetración mental difícilmente calculable en la actualidad.

Hubo una larga pausa.

—Ahora, que ya lo tenemos todo preparado, empezaremos por los que ustedes quieran.

Hans se levantó:

—Yo deseo ser el primero.

—Bien. Pero antes de empezar, deseaba hacerles una pregunta.

Los miró a todos, de uno en uno.

—¿Están ustedes enamorados por parejas?

Las muchachas se ruborizaron y ellos bajaron la mirada; pero Lucien decidido aclaró:

—Sí, profesor.

—Perfecto. Piensen ustedes que todo depende de la armonía que exista en el grupo. Las diferencias, odios o pasiones ocultas serían sencillamente fatales una vez poseyesen los poderes mentales que mi aparato les proporcionará.

»Por eso, si alguno de ustedes tiene algo en contra de un compañero o compañera, deberán decírmelo, ya que un lavado de cerebro borraría cosas que, acrecentadas después, podrían constituir un peligro tremendo para el futuro.

Y después de una pausa preguntó:

—¿Hay alguien que tenga algo contra quien sea...?

El silencio fue la unánime respuesta.

Stonosky sonrió, complacido.

—Bien — dijo.-—. Así es mejor. Vamos a empezar.

Estaba inundado por la alegría de lo que se proponía hacer; pero lo hubiese estado menos, al descubrir, en los ojos de Hans, una chispa de pasión, cuando su mirada se posó, rápidamente, sobre Yolande, de la que, en silencio, estaba espantosamente enamorado.

Claro que aquella pasión era desconocida por todos, incluso por su pareja, Hilda, que no lo hubiese concebido nunca.

Pero Hans no estaba dispuesto a someterse a ninguna clase de «lavado», ya que su amor hacia la francesa no le parecía, en modo alguno, como algo

que debiese olvidarse. Todo lo contrario, estaba dispuesto a conseguir lo que deseaba y que creía identificar como un legítimo derecho que no dejaría que nadie le quitase.

* * *

Claude echó una ojeada a los aparatos.

—Creo que ya estamos llegando, profesor-—dijo.

Léo, que hablaba con Bon, se acercó a él.

—¿Temperatura?

—Menos ochenta.

—Bien. Tendremos que ver si excitamos la actividad cerebral, antes de conectar el «hipnonemóforo».

Se adelantó, asomándose un poco por la vidriera que separaba aquella cámara de control del lugar donde yacían los hibernados. La habitación era amplia, alargada y sus muros habían sido especialmente concebidos para conservar indefinidamente la temperatura que un refrigerador, conectado a una pila atómica, proporcionaba.

Allí estaban.

Ocho lechos idénticos sobre, los que reposaban los muchachos y las chicas, vestidos con túnicas amplias, de forma a facilitar la respiración mitigada de la hibernación — una inspiración cada cincuenta minutos y una expiración cada igual tiempo.

Stonosky sintió una profunda emoción que le embargaba al contemplar aquellos jóvenes, que eran la única carta que poseía la humanidad para poder supervivir.

Los rostros de todos ellos dejaban ver una serenidad completa y sus cuerpos estaban relajados hasta lo concebible. Nada había de forzado en ellos y una paz, que mucho se parecía a la de la muerte, planeaba sobre los lechos.

Las cabezas estaban rodeadas parcialmente por una especie de casco, del que emergían muchísimos hilos que desaparecían, casi en seguida, empotrados en la vecina pared. Todos aquellos cables iban a parar a la cabina donde Léo se encontraba en aquellos momentos.

Charles se acercó a él.

—¿Están bien?

Leo les señaló.

—Míralos... Están perfectamente. Ahora vamos a ver cómo trabajan sus cerebros.

Charles se extrañó.

—Pero ¿la hibernación no detiene la actividad cerebral?

El sabio negó.

—No. La actividad de las neuronas no cesa más que con 1a muerte: el sueño, natural o provocado, en contra de lo que se creía, no desconecta las células nerviosas. Se crean conexiones nuevas y se liberan una serie de mecanismos que nacen que la personalidad se manifieste plenamente, sin traba alguna. Por eso, durante el sueño, somos capaces de realizar lo que no nos atreveríamos jamás a hacer durante la vigilia. Todos los resortes de la mente actúan en el sueño.

Charles murmuró:

—Es interesante.

Léo prosiguió explicando:

—Pero, de todos modos, los mecanismos que controlarán la hibernación de esos jóvenes deben mantener un tono vital especial para el cerebro... Necesitamos que la actividad cerebral sea siempre la misma y que la mente reciba el cúmulo de enseñanzas que, durante veinte años, día y noche, sin reposo, va a verterse en esas inteligencias aparentemente dormidas.

Manejó unos aparatos que reflejaban sus curvas luminosas en ocho pantallas de televisión.

—¿Qué es eso?

—Los «electroencefalotelevisores». ¿Ves esas líneas?

Charles afirmó:

—Sí.

Léo explicó:

—Son las marcas de la actividad cerebral: las ondas que son recibidas, por las microcámaras situadas en cada uno de los electrodos del «sombrero» que llevan los hibernados. Ésta es la de Lucien Dellot.

Miró la pantalla.

—¿Qué tal?

—Normal.

Charles señaló otra.

—¿Y ésta?

—La de Yolande, su compañera: un poco de agitación emotiva, resto de la emoción que experimentó antes de la hibernación.

—¿Esta otra?

—La de Pedro Dunariz. Tan normal como ésta de Irma Sorante.

—¿Y aquélla?

—La de Luigi, con un tono un poco bajo.

Charles se extrañó.

—¿Por qué?

—Miedo. Fíjate que estas dos ofrecen casi el mismo trazado.

—¿De quién son?

—De Catalina y Hilda. También tienen miedo.

Y es natural.

Se había parado junto a la última y frunció el entrecejo.

—¿Qué pasa?—inquirió Charles.

—Es la de Hans Fruzten; pero no entiendo lo que pasa.

—¿Por qué?

Léo vaciló.

—No sé... no me gusta.

—¿No puedes explicármelo?

—-No puedo porque no lo sé de cierto. Hay una actividad demasiado intensa... puede que sea por el deseo de aprender... o por otra cosa.

—¿Es peligroso?

—Tampoco lo sé.

Hubo un silencio molesto; después, volviéndose hacia Bon dijo:

—¿Sabes lo que haría... si pudiese, Charles? — inquirió Stonosky.

—No.

—Matar a ese muchacho. No sería demasiado difícil, ya que bastaría aumentar la hibernación para que muriese sin darse cuenta.

Charles le miraba extrañado.

—Pero... ¿por qué?

—Pura intuición.

Charles sonrió.

—No te dejes llevar por intuiciones, Léo. Es fácil equivocarse.

El otro no contestó, conectando poco después el «hipnomnemóforo:» con los cascos individuales de cada hibernado.

—Ya está — dijo.

—¿Qué hacemos?

—Irnos. Nosotros ya hemos terminado y hemos de esperar la llegada de la muerte. Aquí dejamos la semilla de los tiempos futuros... ¡Dios quiera que no hayamos, en un descuido, cometido equivocación alguna!

Y salieron.

El edificio, cerrado a piedra y lodo, quedaba atrás, como un paréntesis de esperanza o... ¿quién sabe?

Tenía que pasar el tiempo.

CAPÍTULO VI



N contra de lo que podía haber imaginado, sobre todo cuando pensó en ello, momentos antes de que se echase en el lecho donde iba a ser hibernado, el despertar de Lucien fue sencillamente normal, como el que había hecho antes, en su casa, miles de veces, después de una noche de sueño.

Fue precisamente por eso, por su sencillez y normalidad, por lo que tuvo que hacer un gran esfuerzo por encadenar lo que, en realidad, era la «noche anterior» y que, en su caso, como en el de sus compañeros, significaba veinte años de sueño letárgico.

Tenía los ojos abiertos y mirando al techo sabía, sin ninguna clase de duda, dónde se hallaba y qué le sucedía. Sus ideas, en aquel momento en que la temperatura corporal subía rápidamente, acercándose a la normal del cuerpo, giraban alrededor de lo maravilloso que era el haber «dormido» durante un lapso de veinte años para despertarse con un estado de ánimo de una normalidad y serenidad sorprendente.

Pero había más.

Una especie de rara euforia le había invadido desde el preciso instante en que, al abrir los ojos, tomó contacto con su propia conciencia. Se daba cuenta

de que era capaz de pensar en muchísimas cosas que jamás había conocido y aunque no se percataba aún de los poderes que apenas adivinaba, latentes y apenas despiertos, en su cerebro, la plenitud de las nuevas fuerzas era lo que le proporcionaba aquella sensación de bienestar.

Recordó la emocionante despedida de Claude y los profesores Bon y Stonosky, sin poder evitar un estremecimiento al pensar que aquello había pasado veinte años antes...

Su mente, liberada por completo de los estrechos límites en que se movía antes, recorrió, sin que necesitase moverse, los lechos de los demás amigos, en una visión telepática perfecta.

Allí estaban, aún dormidos: Catalina, la última de la fila... después Luigi... Irma, seguida de Pedro... Hilda...

Frunció el entrecejo.

¡Hans no estaba!

Su lecho estaba vacío y Lucien «no sentía» su presencia en la proximidad, sino que poseía una especie de intuición como si supiese que estaba muy lejos de allí.

¿Cómo es posible?

Luego, casi inmediatamente, se dio cuenta, ya con horror, de que Yolande tampoco estaba en su lecho. Y la misma sensación de «lejanía», de imposible «lejanía» le invadió, sin que pudiese explicarse el origen de aquella percepción anormal que no podía concretar.

Su primera intención fue saltar inmediatamente del lecho, pero no pudo hacerlo, comprendiendo, al mismo tiempo, que el elevador de su temperatura no había alcanzado los grados necesarios para devolverle la vida.

Durante unos minutos se limitó a pensar profundamente en Yolande, cuya desaparición era más que misteriosa. Y al sentir nuevamente la vaga impresión de «lejanía», pero de una lejanía que nada tenía que ver con la distancia, experimentó una amarga sensación de impotencia.

No podía localizar a Yolande.

Fue entonces cuando algo en él le avisó de que estaba perdiendo el tiempo y una nueva facultad que todavía desconocía entre las que le habían sido dadas, nació de su mente que, proyectándose fuera del recinto, hizo que el elevador de temperatura aumentase su velocidad.

Aquella facultad de poder mover mecanismos a distancia le dejó sorprendido. Porque, a. pesar de que sabía que no era el mismo, al menos mentalmente, y que toda una nueva ciencia había sido vertida en su cerebro, no podía acostumbrarse aún a las nuevas facultades que antes de la hibernación hubiese considerado imposibles.

Seis minutos más tarde se levantaba.

Había ordenado, de la misma forma que para sí, el aumento de velocidad

en los termogeneradores de sus amigos, ya que deseaba que ellos se despertasen al mismo tiempo que él.

Así ocurrió, en efecto.

Apenas se había puesto en pie cuando Luigi, sentado en su lecho, lanzó una exclamación.

—¡Por todos los diablos... pero si es verdad!

Lucien se acercó a él.

—¿Qué te pasa, amigo?

—¿No te das cuenta? ¿O es que eres insensible a este despertar?

—No te entiendo.

—¡Por todos los marcianos juntos! ¿Es que has perdido la sensibilidad, amigo mío? ¡Fíjate bien en lo que te rodea y di, conmigo, que todo ha resultado bien y que hemos despertado de un sueño del que jamás creía que iba a salir.

—¿Cómo? ¿Dudabas del éxito?

—¿Tú no?

Lucien dijo sencillamente:

—No.

—¡Es fantástico! Cuando me tendieron en este lecho, creí, al ver tu rostro junto al de aquellos amigos, que era la última vez que iba a verte. Y si no te dije nada, fue por los otros, porque temía que me tomasen por un cobarde.

—Pues ya ves que todo ha salido bien, amigo; es decir...

Luigi notó que el rostro de Lucien no poseía una expresión normal; pero, en aquel momento, Hilda, Irma y Catalina se acercaran a ellos.

—¡Hola, amigos!

—¡Hola!

—¿Dónde está Hans?

Lucien se volvió hacia la muchacha.

—No lo sé. Precisamente iba a decirle eso a Luigi. Yolande tampoco está.

La expresión de Hilda no cambió en nada.

—Se habrán adelantado a nosotros. ¿No fue Hans el primero en echarse en el lecho?

—¡Es verdad! —exclamó Luigi.

—Pero Yolande fue la penúltima — replicó vivamente Dellot—. Eso no quiere decir nada.

Hilda preguntó:

—¿Dónde ha podido ir?

Y fue entonces cuando Catalina comunicó:

—Tampoco veo a Pedro.

—¿Eh?

Fueron hacia el lecho del mexicano y lo encontraron allí, con los ojos cerrados y profundamente dormido.

—Ese extraño — dijo Lucien—. Accioné mentalmente su dispositivo de termogénesis. Debía haberse despertado ya.

—No creo que debamos forzar su proceso — dijo Luigi.

—No. Dejaremos que despierte a su tiempo.

Hilda se acercó a Dellot.

—¿Estás preocupado, Lucien?

El joven fue a decir que sí, pero se dio cuenta de que su afirmación podía resultar dolorosa para la muchacha,

—No, habrán salido. Volverán de un momento a otro. Lo importante es que no les haya ocurrido nada.

Pero, ante su sorpresa, ella, sin dejar de sonreír, dijo:

—No volverán, amigo mío.

—¿Eh?

La exclamación de Lucien hizo que los otros se les acercasen.

—¿Pasa algo? -— inquirió Luigi.

—Nada— repuso la muchacha—. Es que acabo de decir a Lucien que Hans nos ha engañado.

—¡¡No!! — exclamó el italiano.

—¡Eso no es posible!—dijo Lucien.

—Lo es.

Y después de un corto silencio Hilda comentó:

—Yo creí que vosotros lo sabíais igual que yo. Pero ahora veo que esta extraordinaria facultad me ha sido dada solamente a mí.

—¿De qué estás hablando?—se inquietó Dellot.

—No, no te asustes, amigo. Callad y colocaos a ese lado... voy a hacer que lo oigáis y veáis.

—Pero...

—Silencio, Lucien, por favor...

Obedeció el joven, colocándose junto al muro, al lado de los otros. Hilda estaba un tanto adelantada y sus miradas iban a los lechos, todos ellos vacíos, excepto el que ocupaba el mexicano.

Extendió los brazos.

—¡Ahora! —exclamó.

Y, de golpe, al conjuro de su gesto, todos los lechos volvieron a ocuparse

y sus amigos, con los ojos desmesuradamente abiertos, «se vieron» allí, hundidos aún en el profundo letargo de la hibernación,

Hans y Yolande también estaban.

La mirada de Lucien se clavó en el rostro de la joven y una emoción indescriptible se apoderó de él, teniendo que hacer un esfuerzo sobrehumano para, olvidando la calidad ilusoria de aquella materialización, no lanzarse hacia Yolande.

Transcurrieron unos segundos y después, bruscamente, Hans despertó, saltando del lecho con agilidad. Miró a todos, uno a uno, deteniéndose más de la cuenta ante el lecho que ocupaba Yolande.

Lucien cerró los puños.

Luego, el alemán, «atravesando» a sus amigos, como un ser impalpable, pasó a la cámara de control donde accionó las palancas de los mecanismos que controlaban el sueño de Yolande, despertándola en seguida.

La muchacha saltó del lecho, justo en el momento en que el alemán volvía de la sala de control.

«¡Hola, Hans!» — exclamó.

«Hola, Yolande. Vístete en seguida».

Ella le miró, sorprendida.

«¿Ocurre algo?» — inquirió.

«Nos vamos».

«¿Y los otros?»

Fue entonces cuando él se acercó a ella y mirándola fijamente.

«Escucha, Yolande... Ya es hora que te diga la verdad... estoy loco por ti y, lo que es peor, dispuesto a hacer cualquier cosa para que seas mía...»

La joven retrocedió.

«Pero... ¡eso es imposible! Yo amo a Lucien y ¡tú a Hilda!»

«¡Bobadas!... Mira, no perdamos el tiempo... Si no quieres seguirme, pararé los mecanismos vitales de todos ellos y te quedarás aquí... junto a seis cadáveres...»

La palidez del rostro de la joven tomó el color de la cera.

«¿Harías eso?»

«¿Que sí haría eso?... ¡Sería capaz de más: los estrangularía, con mis propias manos, uno a uno, ahora mismo, si te negaras a seguirme!»

Hubo un silencio, largo, penoso, lleno de tristeza para Yolande.

Luego:

«Bien... me iré contigo. Todo antes de que hagas daño a los otros. Ya veo que serías capaz de hacerlo...»

Se vistió rápidamente y ambos salieron, quedando la sala en un silencio

absoluto.

Hilda se volvió hacia Lucien.

—¿Has visto?

La expresión del rostro de Dellot era ya bastante explícita por sí misma; pero no obstante exclamó, apesadumbrado:

—¡El muy canalla!

Luigi se acercó a la germana.

—¿Cómo has podido hacerlo, Hilda?

Ella sonrió, tristemente.

—No lo sé. Me di cuenta de que poseía esta facultad... y desde el momento en que caí en la cuenta de que Hans no estaba en su sitio, representé la escena para mí sola, en mi mente.

— Es un caso de «retromontaje» mental — dijo Lucien—, pero eso no importa ahora. ¿Cómo pude ser tan, estúpido como para no darme cuenta de ello?

—Yo tampoco sospeché nada —dijo Hilda.

Y como los dos quedasen en silencio.

—¿Qué vamos a hacer? — inquirió Luigi.

—No lo sé — replicó Dellot.

Y al cabo de unos instantes y con voz sorda comunicó:

—Ya comprenderás que no puedo dejar a Yolande con él... ¡Debo salir en su busca!

—¿Y nuestra misión, Lucien?

Éste levantó la cabeza, mirando a su compañero.

—¿Nuestra... misión?

—Sí. Unos hombres se sacrificaron por nosotros, haciendo posible todo esto. ¿Para qué? ¿O es que has olvidado lo que ocurrió con la Tierra y que nosotros estamos aquí para vengarnos de lo que la humanidad sufrió?

—Es verdad.

Luigi puso una mano sobre el hombro de su amigo.

—No creas que no deseo, como tú, buscar a ese mal amigo y darle su merecido; pero, de todos modos, hay algo más importante para nosotros. Tenemos que forjar un plan, saber qué pasa fuera de este edificio... descubrir a nuestros enemigos y combatirlos.

—Tienes razón.

—Yo te prometo que en el momento que hayamos acabado con nuestra misión, no descansaré, a tu lado, hasta que hayamos descubierto a Hans Pero hagamos antes lo que debemos hacer.

—Está bien.

Hizo un esfuerzo, dominando las contradictorias ideas que bullían en su cerebro; después dijo:

—Vosotras, por el momento, os quedaréis aquí. Pedro puede necesitaros. Controlad los aparatos que se ocupan de su caso y revisadlo, no haya ocurrido que se hayan estropeado. Luigi y yo saldremos al exterior y volveremos en seguida.

En efecto.

Momentos después, los dos jóvenes abandonaban el edificio, saliendo a la superficie después de hacer que la puerta acerada de la cámara se abriese.

¡La Tierra!

Las respuestas a todas las preguntas que podían formularse estaban allí, fuera del sótano del edificio del Instituto de Hibernación donde, quisieran o no, habían pasado veinte años.

El espectáculo les encogió el corazón.

Una soledad espantosa reinaba por doquier. Las avenidas estaban silenciosas y las casas abandonadas, vacías, con un aire abandonado que daba pena.

Avanzaron por las calles, descubriendo entonces algunos esqueletos humanos, limpios por la putrefacción, con los huesos blanqueados por el aire y lavados por mil lluvias que debieron caer sobre ellos.

La Tierra estaba muerta.

No tardaron en ver los primeros vehículos, sobre los que la acción del tiempo había marcado la huella imborrable del tiempo.

—Todo ha muerto — dijo Luigi.

—Sí. Creo que toda la Tierra estará así, abandonada, vacía de vida, sin esperanza alguna de volver a ser lo que era.

Luigi miraba a su alrededor.

Murmuró:

—¡Es espantosa esta desolación!

Los demás asintieron.

—De todos modos — dijo Luden — deberíamos recorrer el planeta.

—¿Cómo?

—No lo sé. Quizá pudiésemos encontrar algún avión en buen estado.

—Es imposible. Fíjate en los coches... Seguro que ninguno de ellos se pondrá en marcha.

—Sí, es cierto...

Algo acababa de despertarse en lo hondo de la mente de Lucien.

Dijo:

—Espera... ¿no crees que podríamos teleportarnos?

—¿Qué quieres decir?

—Voy a intentarlo. Después veremos si tú eres capaz de hacerlo. Espera aquí.

Casi al mismo tiempo, desapareció, como si se lo hubiese tragado la tierra. Se había limitado a pensar en que deseaba encontrarse en el sótano del Instituto. Lo envolvió un zumbido extraño, que apenas duró unas décimas de segundo y apareció junto a las muchachas que rodeaban el lecho del inconsciente Pedro.

—¿Eh? — se asustó Hilda—. ¿Tú aquí? ¿De dónde sales?

—Luego os lo explicaré. ¿Hay novedad?

—No. Pedro está perfectamente bien, pero el servocontrol de sus máquinas nos ha indicado que no debemos acelerar su despertar.

—Bien.

—¿Qué hay ahí afuera...?

Era Catalina la que había hecho aquella pregunta.

—Nada.

—¿Qué quieres decir?

—Que no hemos visto más que soledad, desolación, esqueletos. La vida ha desaparecido de nuestro inundo.

—Eso quiere decir que los invasores triunfaron plenamente.

Lucien asintió con tristeza.

—Sí.

Hubo una pausa.

—¿No los has visto? — inquirió de pronto Irma, la mexicana.

—¿A ellos?

La mexicana asintió.

—Sí.

—No, no hay nadie. Aprovechándome de esta facultad de teleportación, voy a recorrer rápidamente la Tierra, por si estuviesen en algún lado. No os mováis de aquí, por favor.

—No.

Regresó, del mismo modo, sin mayor dificultad, junto a Luigi.

Éste le preguntó:

—¿Dónde has estado?

—En el Instituto. Pedro no se ha despertado aún. Pero no es eso lo importante. Quiero saber si eres capaz de acompañarme. Concéntrate y piensa con toda la fuerza de tu mente que quieres ir allí, al otro lado de la calle,

Luigi cerró los ojos y se concentró.

La teleportación hizo el resto.

—¡Perfecto! Ahora vamos a empezar a recorrer la Tierra. Necesitamos saber si todo está como esta parte o ellos se han quedado en algún sitio.

CAPÍTULO VII



ASI al mismo tiempo que Hans le cogía fuerte por la mano, una, nube grisácea, una especie de remolino de niebla densa envolvió a Yolande.

La respiración pareció faltarle; pero, por fortuna, aquella espantosa sensación de ahogo no duró más que unos segundos, ya que la niebla se disipó y el aire volvió a sus pulmones, al tiempo que vela una serie de colinas pardas que les rodeaban por completo.

—¿Dónde estamos?— inquirió.

Hans repuso sin volverse:

—No lo sé, pero muy lejos de ¡a Tierra.

—¿Lejos de la Tierra?

—Sí.

Ella tardó en serenarse.

—¿Cómo es posible?— inquirió después.

—Hemos saltado de espacio, utilizando el «dos».

—¿Qué es eso?

—No te preocupes. Estamos dotados de esa facultad. Ahora ya estamos completamente libres y fuera del alcance de los demás.

—Temes que nos sigan, ¿verdad?

Él la miró, sonriente.

—No lo harán.

—¿Es que no podrán hacerlo?

—No lo sé, pero no pensarán que hemos tomado este camino. Además, el Espacio-Dos debe de ser muy grande y sería dificilísimo que viniesen precisamente aquí.

Hubo otra pausa.

—¿Dónde estamos?— preguntó ella.

—Tampoco lo sé.

Y avanzó, seguido por la muchacha, hacia la cadena de colinas, que empezaron a escalar despacio.

Aquel planeta ofrecía una desolación fantástica y no se veía nada en su superficie que recordase la existencia de la vida.

—Esto es peor que un desierto — dijo Yolande.

—¿Qué quieres decir?

—Que no encontraremos aquí nada para alimentarnos.

Hans frunció el entrecejo.

—Ya veremos.

Y siguió andando, furioso por haber llegado allí y dando la razón a la muchacha. Quizá se viese obligado a viajar nuevamente por Espacio-Dos, pero sabía que el cansancio que le había producido arrastrar a Yolande por aquella nueva dimensión, ya que ella no era apta para hacerlo sola, no le iba a permitir repetir el viaje en algún tiempo.

Y si, como estaba viendo, aquel páramo no les daba nada para comer y beber, su situación iba a ser angustiosa.

¿Había cometido algún error de cálculo?

No conocía aun suficientemente la extensión de aquel espacio y, por desgracia, había ido a parar al peor de sus mundos.

Se mordió los labios.

Y fue justamente en aquel momento cuando, súbitamente, les rodearon.

Eran fláccidos, protoplasmáticos, con una cierta y lejana apariencia humanoide, quizá por la protuberancia cefálica y los dos largos brazos, que casi caían hasta el suelo.

Yolande lanzó un grito de espanto.

—¡Dios mío!

Pero Hans se quedó más tranquilo, viéndolos avanzar, intentando explicarse aquella tranquilidad anormal que experimentaba, como si «fuesen viejos amigos».

Ellos se acercaron, rodeándolos y contemplándolos, sin que ninguno de los dos jóvenes pudiese descubrir nada que se pareciese a unos ojos en aquella masa gelatinosa que parecía tener la forma de una cabeza.

—¿Sois de la Tierra?

La pregunta resonó en el interior de sus mentes, demostrando que se trataba de un lenguaje puramente telepático.

—Sí —repuso Hans, utilizando el mismo procedimiento.

—No es posible.

—¿Por qué?

—Porque nosotros destruimos todo rastro de vida en ese planeta.

Yolande se estremeció.

¡Así que eran aquellas repugnantes criaturas las que habían enviado a los falsos escarabajos, destruyendo el ciclo del nitrógeno y haciendo desaparecer la humanidad de la superficie del Globo, veinte años atrás!

—¡No es posible! —repitió la voz.

—Es verdad — dijo Hans; después—. Hay muchos como nosotros — mintió—, dispuestos a destruiros.

—No podrán. ¿Cómo habéis llegado aquí?

—Por teleportación pluriespacial.

—Ya. ¿Y no sabéis que estáis irremisiblemente, perdidos?

—¿Por qué?

—Porque vosotros no sois aptos para esa clase de teleportación... Este espacio es de seis dimensiones y vosotros no llegaréis jamás a él.

—¿Cómo? ¿No estamos aquí?

Hubo una pausa.

—Aparentemente— dijo la voz—. Vuestros cuerpos quedaron en el límite espacial de cuatro dimensiones, en la frontera de vuestro verdadero espacio. Por eso vuestra aniquilación, en este momento; acarrearía la muerte de vuestros cuerpos, que quedarían flotando en el cosmos, justo al límite entre nuestros dos espacios.

Hans se estremeció.

Su valor empezó a desmoronarse y, al mismo tiempo, se arrepintió de todo lo que había hecho, considerándolo como la mayor locura que podía habérsele ocurrido.

—¿Qué vais a hacer con nosotros? —inquirió Yolande más decidida.

—Eso depende.

—¿De qué?

—Si nos facilitáis la destrucción de los humanos que quedan, podremos proporcionaros un final tranquilo... o quizá os dejemos vivir en algún mundo de vuestro espacio; después de todo, sois una pareja y vosotros, los seres de la Tierra, necesitáis ser dos para reproduciros.

—¡Prefiero la muerte!

La exclamación de Yolande hizo palidecer a su compañero que, dando un paso hacia adelante.

—¡No hagáis caso! ¡Yo colaboraré con vosotros! Pero tenéis que prometerme que nos dejaréis en un planeta de nuestro sistema.

—Bien.

Se instaló un largo silencio.

—¿Cuántos seres humanos quedan aún en la Tierra? — inquirió la voz.

—Seis.

—Son pocos.

—Sí, pero están dotados de poderes especiales.

—¿Qué quieres decir?

—¿Es que no os habéis dado cuenta de que hemos llegado hasta aquí? ¿No demuestra eso que somos capaces de cosas que los humanos no pudieron hacer jamás?

—Es verdad. Pero, si cometen el error vuestro, de pasar a un espacio de más dimensiones, estarán a nuestra disposición... ¡Éste es el mejor plan, la mejor trampa!

Y después de una pausa dijo:

—Tú podrías enseñarles el camino, decirles que has descubierto aquí lo que tanto buscan y que pueden destruirnos fácilmente.

—¿Y ella?

—Se quedará aquí, como rehén. Hemos descubierto en tu mente que sientes por ella un extraño sentimiento que te haría padecer mucho si la perdieses.

—¡No hagas eso, Hans!—suplicó la muchacha.

Él la miró, sin decir nada.

—-¿Es que no te das cuenta de que estos asquerosos bichos nos destruirán a todos y que no cumplirán lo prometido? Hasta ahora, Hans, no he llegado a odiarte. Comprendo tus sentimientos hacia mí y, aunque no los comparto, no puedo despreciarte.

»¡Pero lo haré si cometes esa villanía de vender a nuestros compañeros! Prefiero morir, mil veces seguidas, antes de hacer que todos nuestros esfuerzos y los de aquellos hombres que se sacrificaron por nosotros, sean inútiles!

—No puedo, hacer otra cosa, Yolande.

—¿Cómo? ¿Es que vas a convertirte en el más asqueroso traidor que he conocido? ¡Eres humano, Hans! Y, por lo menos, te debes a los tuyos, tienes que darles esa oportunidad que esperan con toda ilusión... ¡Estas criaturas son extrañas, asesinos de la humanidad! ¡Es imposible que quieras colaborar con ellos!

—Estás tú, por encima de todo eso...

—¿Yo? ¿Tanto te importo?

—Sí.

—¡Me quedaré contigo! Correré tu misma suerte. Y si es necesario, moriré a tu lado..., ¡Pero no traiciones a los demás, por lo que más quieras!

—Lo que más quiero eres tú, Yolande y por eso no te quiero muerta...

Ella retrocedió horrorizada.

—¿Estás dispuesto, terrestre?

—Sí. Volveré junto a ellos y les enseñaré la manera de viajar fuera del espacio de cuatro dimensiones. Vendrán aquí.

—Bien.

—Pero deseo que cumpláis vuestra promesa.

—La cumpliremos.

—¡No lo creas, Hans!

Pero Frutzen no pedía escucharla.

Para él, lo más importante era aquel planeta en el que podría vivir al lado de la mujer que amaba.

¿Qué otro sueño más delicioso podía realizar?

* * *

Al materializarse en el interior del sótano del Instituto, sorprendieron a las muchachas.

Irma se acercó a ellos.

—¿Ya habéis vuelto?

—Sí.

—¿Dónde está Catalina? — inquirió Luigi,

—Preparando la comida.

—Voy junto a ella.

Irma y Lucien se quedaron solos. Hilda se unió a ellos.

—¿Habéis visto algo? — inquirió esta última.

—No. La Tierra está completamente abandonada. Ellos, como pensaba el profesor Bon, no se interesaron por nuestro planeta: sólo querían terminar con la vida en él. Sin embargo...

—¿Qué?

—Es curioso. En el mar, la vida sigue su ritmo. No atacaron los océanos.

—Porque supieron que en ellos no había vida inteligente.

—Puede ser.

Hubo un silenció; después Dellot preguntó:

—¿Y Pedro?

—Todavía no ha despertado, aunque no creemos que tarde mucho.

—Es muy raro su estado.

Hilda le miró.

—¿Crees que corre algún peligro?

—No lo sé, pero debía haber despertado ya.

Intervino Irma:

—Yo he observado los aparatos y ellos dicen claramente que Pedro se encuentra aún en un profundo estado cataléptico. No sé a qué se deberá; pero, por otra parte, su organismo funciona normalmente; no ha sufrido nada.

Luigi y Catalina aparecieron en aquel momento.

—¡La mesa está preparada!

Se reunieron, en el refectorio de los sótanos y Luigi explicó la tremenda soledad que habían visto por doquier,

—Es espantoso... ciudades abandonadas... esqueletos por codas partes...

—Si — dijo Dellot—, nos ha causado una penosa impresión.

—¡Pobre Tierra!—exclamó Irma—. Era un planeta feliz, dentro de nuestros problemas. Y esperábamos ser mucho más dichosos...

Lucien se mordió los labios.

—¡Hay que encontrarlos, sea como sea!

—¿Á quién?

—A los causantes de todo esto — les miró de hito en hito—. Creíais que hablaba de Hans y Yolande, ¿verdad?

Nadie dijo nada.

—Eso vendrá después. Pero Luigi tiene razón al decir que antes que nada hemos de cumplir con nuestro cometido. ¡Bastante triste ha sido que al despertar nos hayamos encontrado con la traición de uno en quien confiábamos!

—Debió de volverse loco — dijo Hilda.

Todos sintieron perfectamente el dolor que experimentaba aquella muchacha que, a pesar de todo, seguía enamorada de Hans.

Por eso, Luigi, mirando a Lucien, la tranquilizó:

—No temas, Hilda. Nada malo habrá ocurrido a Yolande y nos limitaremos a dar una buena paliza a ese granuja, ¿verdad, Lucien?

—Sí — replicó éste sordamente.

Hubo una larguísima pausa. Y Luigi, molesto por aquel silencio, propuso:

—Tenemos que hacer algo, Lucien.

—¿A qué te refieras?

—A que debemos buscarlos.

—¿Y dónde los encontraremos?

Dellot miró a Hilda.

—Tú lo sabes, ¿verdad?

Ella bajó la cabeza.

—Sí.

—¿Por qué no nos lo dices?

Luigi fue el primer asombrado.

—¿Eh? ¿Qué misterios os traéis entre los dos? ¿Qué quieres decir al preguntar a Hilda si lo sabe? ¿Qué es lo que sabe?

—Todo. Ella posee una facultad que ninguno de nosotros tenemos: la telepercepción.

—¿Qué es eso?

—La posibilidad de encontrar, ver y escuchar a las personas conocidas, «se hallen donde sea».

—¿Es posible?

Hilda asintió en silencio.

—¿Así que sabes dónde están Hans y Yolande?

—Sí.

—¿Dónde?

—No lo diré.

Luigi abrió los ojos como platos.

—¿Que no lo dirás? ¿Es que no quieres que los encontremos?

—Sí, deseo que vuelvan... pero no puedo decir dónde se encuentran.

—¿Por qué?

—Porque ellos no saldrán jamás de allí... Están perdidos, es decir... —su voz se elevó, bruscamente—. ¡Hans! ¡Hans!

—¿Qué pasa?

Tuvieron que sacudirla, violentamente, puesto que parecía hallarse en pleno trance.

—¿Qué ocurre, Hilda? — inquirió Lucien.

—Hans vuelve —suspiró ella—. Pronto estará aquí y vosotros vais a matarlo.

—¿Matarlo? No, amiga mía... no le haremos daño, te lo prometo. ¿Y Yolande?

Ella tardó en contestar; luego, mirando fijamente a Lucien, sentenció:

Yolande no volverá jamás, amigo mío. Por eso sigo creyendo que matarás a Hans.

CAPÍTULO VIII


E parecía hallarse en el centro de un remolino atroz, vertiginoso, algo que giraba locamente, sin que por eso lograse modificar su postura, colgado como parecía estar en el centro de aquella vorágine ensordecedora.

El ruido era semejando al rugido de un huracán y Pedro lo sentía, penetrándole en la mente, como si alguien se complaciese en perforarle los huesos del cráneo con un berbiquí gigantesco.

Apenas podía pensar.

Briznas de recuerdos lograban, de vez en cuando, atravesar el curso vertiginoso de aquella masa giratoria y las imágenes de sus amigos se aparecían pálidas, distantes, como fantasmas.

¿Dónde estaba?

Era indudable que la experiencia del profesor polaco habla fracasado y que aquel camino giratorio no debía de ser otro más que el que conducía

directamente a la muerte.

¡Cuánto hubiese dado por, al menos, haber podido despedirse de todos y especialmente de Irma!

Pero no había nada a hacer.

Y hasta le parecía natural que la experiencia de Stonosky hubiese fracasado. Todo aquello no había sido más que una locura; era imposible que el cuerpo humano resistiese veinte años en una cámara de hibernación.

En cuanto a la humanidad...

Sus enemigos habían aparecido demasiado pronto, cuando el hombre no había logrado una evolución que le hubiese permitido hacer frente al ataque alevoso de los misteriosos asesinos cósmicos.

Era el fin de todo...

Más tarde, cuando la vorágine empezó a esclarecerse y el sonido de huracán cedió un tanto, Pedro no esperaba ya más que el hundimiento final, la caída al abismo sin fin de las sombras.

Por eso, al ver una luz maravillosa, un cielo azul y un sol radiante, tuvo que pestañear con fuerza, no sabiendo qué pensar de todo aquello.

No lo sabía.

¿Dónde se encontraba?

Su visión se fue concretando y vio después que el cielo y el sol penetraban por un ventanal y que él se hallaba en una habitación, sentado en una especie de silla metálica y que era incapaz de hacer el menor movimiento.

Una luz roja, por encima de su cabeza, parpadeaba incesantemente.

Sin salir de su asombro, Pedro oyó que una puerta se abría a su espalda, pero no pudiendo hacer el menor movimiento, no logró volverse, oyendo los pasos que se acercaban, hasta que el que había entrado penetró en su campo visual.

Y entonces, una exclamación de sorpresa se escapó de los labios del mexicano.

—¡¡El profesor Stonosky!!

Sí, allí estaba el polaco, mirándole detenidamente, con una extraña sonrisa en los labios.

Pero sintió que la congoja se apoderaba de él.

—Ha fracasado todo, ¿verdad, profesor?

—No.

—¿Entonces?

—Te estás preguntando cómo estás aquí, ¿verdad, muchacho?

—Sí.

El profesor se sentó ante él y dijo:

—Es curioso, pero el más sorprendido de nosotros dos soy, precisamente, yo.

—¿Por qué?

—Porque nunca creí que mi aparato funcionase. Era un viejo sueño y ya me disponía a morir tranquilamente, seguro de que no había funcionado. Pero, cuando vi la luz roja parpadear, me dio un vuelco el corazón.

—No entiendo nada.

—Es fácil, muchacho. Inventé una máquina del tiempo y pensé que era lo más útil que podíamos tener para lograr algo positivo. Pero, como te dije antes, no confiaba mucho en mi invento.

—¿Y ha dado resultado?

—Ya lo ves.

Pedro le miró con extrañeza.

—¿Quiere usted decir que he regresado del futuro?

—Eso es. Te escogí a ti y estoy contento de haberlo hecho. A estas horas, tus amigos deben haber despertado.

—¿Y yo?

—Para ellos sigues allí; pero, al mismo tiempo, estás aquí.

—¡Es para perder la cabeza!

Léo sonrió.

—Lo importante es que podré saber lo que ha pasado —su voz bajó de tono—. Os encomendamos una misión demasiado dura para un grupo de ocho muchachos y pensé siempre que sería macho mejor el poder ayudaros desde aquí. Ya sabes que no hay esperanza para nosotros, pero no quiero morir sin saber que nuestros Invisibles asesinos van a ser castigados.

—¿He de volver... allá?

—Sí. Pero no te moverás del lecho. Abrirás los ojos y hablarás con los otros; luego te traeré nuevamente aquí. Seguramente tus amigos necesitarán mis consejos para terminar con los canallas que nos han atacado tan arteramente.

—¿Y los otros?

—¿A quién te refieres?

—A Claude y al profesor Bon.

—Regresaron a su departamento. Las cosas van muy mal y ya no se puede encontrar comida en parte alguna. Esto se acaba.

—¿Cuánto tiempo ha pasado... para usted, desde que nos hibernó?

—Dos semanas, pero para ti han pasado veinte años. Tuve que esperar un poco hasta poner en marcha mi máquina. Además, estoy bastante débil. Llevo muchas horas con un poco de agua y un trozo seco de pan.

Y después de una pausa siguió:

—Bueno. No es mi estado lo que importa, sino- vuestra situación. Voy a hacerte regresar... prepárate.

—Lo estoy; pero...

—¿Qué?

—¿Por qué no puedo moverme de esta especie de silla?

—Porque te convertirías en átomos o en fotones... y tu cuerpo moriría en el futuro... ¡Hasta luego, Pedro!

Y el remolino lo envolvió del nuevo.

* * *

No acababa de hablar Hilda cuando Hans se materializó ante ellos, mirándoles, con una expresión de duda en el rostro, no pudiendo resistir la mirada de Lucien.

Hubo un silencio penoso.

—Hans — dijo Hilda acercándose.

—¿Qué?

—¿Estás... bien?

—Sí.

Intervino entonces Lucien:

—Lo sabemos todo.

Hans enarcó las cejas.

—¿Qué quieres decir?

—Que sabemos que te llevaste a Yolande por la fuerza. Y esperamos una explicación tuya.

El rostro del germano se puso blanco.

—¡Eso no es verdad! ¡Yo no sé nada de Yolande!

Las lágrimas empezaron a brotar silenciosamente de los ojos de Hilda.

—No hace falta que mientas, Hans... Lucien tiene razón, lo sabemos todo.

—¡Eso no es verdad!

Entonces, haciéndose a un lado, Hilda hizo un gesto. Y de nuevo, con una fidelidad extraordinaria, la escena que todos habían visto, se repitió una vez más.

Hans retrocedió aterrado.

—¡No, no es culpa mía! ¡Esto es brujería!

Lucien se acercó a él.

—¿Dónde está Yolande?

—No lo sé.

—No mientas. Hilda sabe dónde está.

El otro se volvió, aterrorizado, mirando a la muchacha.

—¿Es verdad...?

—Sí. Sé dónde la has dejado y lo que has prometido... a «ellos».

Retrocedió aterrado.

—¡No me matéis! ¡No me hagáis nada!

Pero Luigi se había precipitado junto a él, cogiéndole fuertemente por los brazos.

—¡Escucha, estúpido! Ninguno de nosotros queremos hacerte nada, sólo deseamos que dejes de hacer locuras y que digas dónde está Yolande y cómo podemos salvarla. Lucien...

Pero Hans estaba demasiado aterrorizado.

—¡No, yo no tengo la culpa!

Y «deseó» huir, volver a Espacio-Dos.

¡Luigi y él se evaporaron!

—¡Luigi! —gritó Catalina.

Lucien la retuvo.

—Se han ido... pero volverán.

Y miró de reojo a Hilda para que ésta, «que debía saber», no dijese nada.

Quedaron silenciosos, sin saber qué hacer.

Lucien se daba cuenta de que sólo Hans poseía, el poder de salir hacia una «lejanía» que no comprendía del todo. Y se sintió vencido, cansado, derrotado.

Fue entonces cuando Irma gritó:

—¡Pedro ha despertado!

Corrieron junto al lecho del mexicano, que les sonreía.

—¡Ya era hora, cariño! — exclamó Irma.

—¡Hola todos!

Pero se dio cuenta de que la expresión de aquellos queridos rostros no era precisamente risueña.

—¿Ha ocurrido algo malo?

Lucien le explicó detalladamente.

Pedro frunció el entrecejo.

—Stonosky no se ha equivocado.

—¿Stonosky? ¿Qué viene él a hacer aquí ahora?—inquirió Lucien, extrañado.

—Acabo de estar con él,

Todos ellos abrieron desmesuradamente los ojos.

Y Lucien, con el corazón partido en dos, se dijo que aquello era lo que faltaba, que Pedro hubiese perdido la razón.

—Me creéis loco, ¿verdad?

Nadie despegó los labios y Pedro sonrió.

—Es natural. Estáis cariacontecidos y también es normal que eso ocurra. Stonosky ha inventado una máquina del tiempo y me eligió a mí para que viajase, hacia el pasado. He estado con él, y precisamente me hizo ver sus temores de que no pudiésemos con el trabajo que nos encargó. Por eso me ha mandado aquí...

—¡Pero si no te has movido del lecho! —exclamó Hilda.

—Mi cuerpo no se ha movido de aquí aparentemente; pero yo he estado con el profesor. Y ahora, ya que sé lo que ocurre, él me mandará regresar al pasado y se lo explicaré todo.

—¿Qué podrá hacer?

—No lo sé, pero él sabrá la verdad.

Lucien se encogió de hombros.

—Creo que todo es inútil, Pedro.

Éste sonrió.

—No te preocupes, amigo. Verás como todo sale bien.

Y en aquel momento cerró los ojos.

Una especie de vibración llegó hasta los oídos de los otros. Y Lucien se dio cuenta de que el mexicano no había mentido.

* * *

El monstruo proteiforme miró, sin ojos, a Hans.

—¿No has traído más que uno?

—No he podido traer más. Lo saben todo.

—¿Cómo?

—Hay una muchacha entre ellos que tiene poderes especiales de visión lejana. Saben la verdad.

Luigi estaba boquiabierto, mirando a las criaturas de Espacio-Dos.

—¿Son éstos los responsables de todo, Hans?

Pero una voz le contestó a su espalda:

—Sí, Luigi.

Se volvió.

—¡Yolande!

La joven se acercó a él.

—Éstos son los responsables, Luigi. ¿Cómo has venido con Hans? ¿Cómo has cometido esa locura?

—Estaba junto a él cuando no sé lo que pasó

—¡Es un traidor!

—¡¡Silencio!!—ordenó la voz.

Y dirigiéndose a Hans ordenó:

—Has de volver por los otros.

—Pero...

—¡Tienes que obedecer! No importa que esa mujer sepa la verdad. Justamente, como leo en tu mente, ella te ama y puedes convencerla mejor que a nadie... Además, ya conoces el procedimiento: no tienes más que abrazarte a cualquiera y desear pasar a Espacio-Dos para que vengas al instante.

Hans no contestó.

Entonces intervino Luigi, que, acercándose, lo censuró:

—Pero ¿no te da vergüenza, amigo? ¿Vas a hacer caso a esos fantoches?

Hans no dijo nada.

—¿Es que les tienes miedo?

Silencio.

—¡Acuérdate de nuestra amistad, Hans! Siempre estuvimos juntos y prometimos a Stonosky y a los otros que libraríamos al futuro de esta raza de momias flotantes... ¿Es que vas a ser un cobarde?

—No podemos hacer nada contra ellos, muchacho: son muy poderosos.

—¿Esas babosas sin ojos?

—Sí.

Luigi lanzó una carcajada.

—¡Ahora verás!

Y se lanzó, sin escuchar el grito de Yolande, contra aquellas masas que tenía ante él.

Naturalmente, siendo él incorpóreo en aquel espacio de cinco dimensiones, atravesó el cuerpo de uno de los «neurones», como si se hubiese tratado de una simple nube.

—¡Maldito!

Y volvió a la carga.

Hasta que la voz se dejó oír, dirigiéndose a Hans.

—Ya veis que vuestro poder aquí es ficticio... ¡Ahora verás el nuestro!

Una especie de luz verdosa salió de la «cabeza» de aquel monstruo.

Luigi, rodeado de aquella luz cegadora, se llevó las manos a los ojos y cayó al suelo, lanzando un alarido espantoso.

Yolande se precipitó sobre él.

—¡Luigi!

Pero se dio cuenta de que la vida del italiano había terminado.

—¡Lo habéis matado! ¡Asesinos!

Hans temblaba.

—¿Está... muerto?

Y la voz repuso:

—Sí, está muerto. Pero su cuerpo va a desaparecer, porque ha muerto en el confín de nuestros mutuos espacios.

Efectivamente, Luigi se borró, convirtiéndose en una especie de nube que no tardó en disolverse.

Yolande se volvió a Hans.

—¡Ésa es tu obra, cobarde! ¡Ahora sí que te desprecio y que jamás, pase lo que pase, iré contigo a parte alguna! ¡Te odio!

Los sollozos la interrumpieron.

Profundamente tocado, Hans no sabía qué hacer.

—Tráelos a todos—ordenó la voz.

¿Podía desobedecer?

Acababa de darse cuenta del poder formidable de aquellas criaturas y estaba seguro de que nada podría oponérseles.

—Iré — dijo.

Y desapareció, sintiéndose desgraciado, derrotado y miserable desde todos los puntos de vista.

Lo había perdido todo.

Incluso a Yolande.

CAPÍTULO IX



TONOSKY escuchó atentamente a Pedro. Y cuando éste terminó de hablar dijo:

—Me lo temía. Cuando examiné las reacciones cerebrales de todos vosotros, noté algo raro en Hans... y debí suprimirlo en aquel momento. Hubiese costado muy poco... sólo apretar el botón de la anoxia.

»Ahora ya es demasiado tarde.

—¿No podemos hacer nada, señor?

—No lo sé. La fatalidad ha querido que sea precisamente él quien posea la facultad de pasar de un espacio a otro.

—¡Pero se ha llevado a Yolanda y a Luigi!

—Ha realizado una, «conversión». Los cuerpos de la muchacha y el italiano han quedado suspendidos en el límite entre ambos espacios.

—¿Y el suyo?

—Pasa al otro espacio con toda facilidad. Ha logrado poseer un poder de estancia pluriespacial: eso es todo.

—¿Entonces...?

—Quiero decir que él, Hans, es el único que podría sacarnos de este atolladero.

—¿Y si no vuelve?

—Volverá. Irá a por vosotros, ya que «ellos» se lo han mandado. Os forzará a la conversión y «ellos» no tendrán más que matar la vitalidad fotónica de vuestras presencias, matándoos y dejando que vuestros cuerpos floten para siempre en el espacio.

Pedro se horrorizó.

—¡Hay que evitarlo!

—No sé cómo...

Y después de un largo silencio comunicó:

—Sólo hay una manera...

—¿Cuál?

—Convencer a ese loco para que se eche en tu lecho. Tu cama es 1a única que está conectada a mi máquina del tiempo.

—¿Qué lograría con eso?

—Hablarle. Decirle muchas cosas e intentar que reaccionase...

Pedro sonrió.

—Cuente con ello.

—¿Cómo vas a conseguirlo?

—Fácilmente. En cuánto regrese a por uno de nosotros, yo seré voluntario…, ¡Y lo echaré en la cama, quiera o no quiera!

—No creas que es fácil. Si consigue concentrarse, aunque no sea más que una milésima de segundo, serás tú quien caiga en el cepo y te encontrarás, sin saber cómo, en el otro espacio.

—Ya veremos.

Ahora sonrió el profesor.

—Eres muy valiente. Y porque lo eres y vas a exponerte por los demás, quiero decirte una verdad que no me atrevía a decir hasta ahora.

—Le escucho.

Léo tardó mucho en decidirse; después, en voz baja, habló unos instantes. Pedro le escuchaba en silencio.

—¿No hay otra salida? — inquirió —. ¿Ninguna otra?

—Desdichadamente, no.

Una triste sonrisa entreabrió los labios del joven.

—Bien... Francamente, no me esperaba esto; pero si tiene que ser así, más que nunca es necesario hacerlo. ¿Algo más, profesor?

—Nada... y gracias.

—Gracias a usted. ¡Merece la pena! Es mucho lo que se juega aquí.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

* * *

—Levantadme del lecho. Desatad esas correas.

Lo hicieron y Pedro pidió un cigarrillo a Lucien.

Éste, impaciente, quiso saber.

—¿Qué ha dicho el profesor?

—Que hay que seguir adelante.

—¿Cómo?

—Obligando a Hans a que vuelva al pasado. Hay que atarle a esta cama, sea como sea. En cuanto esté bajo la acción de la máquina del tiempo de Stonosky ya no podrá hacer nada por escapar. Pero el profesor me ha advertido del peligro de que Hans logre llevarme con él.

—¿Cómo evitarlo?

Pedro meneó la cabeza.

—No lo sé, pero ya lo intentaremos.

En aquel momento Hilda lanzó un grito.

—¿Qué ocurre?

Miró al rostro de Lucien, cerca del suyo. El joven la tenía por la cintura, temiendo que ella cayese.

Había en la mirada de la joven una súplica que Dellot entendió. Y sin dejar su cintura la llevó hacia otra estancia, haciendo un gesto a sus amigos.

Una vez solos, y cuando la hizo sentarse sobre un sillón, preguntó:

—¿Qué ha pasado, pequeña?

Ella lloraba en silencio, no atreviéndose a levantar la mirada hacia él; pero, después de unos instantes, interrumpiendo sus sollozos, dijo con una voz apenas audible:

—Luigi ha muerto.

—¿Eh?

—Sí. Ellos lo han matado... por culpa de Hans.

Parecía como si un volcán impetuoso se hubiese despertado en el pecho de Lucien. Sus manos se cerraron hasta clavarse las uñas en las palmas.

—¡Luigi! — exclamó.

—No levantes la voz — dijo ella—. No quisiera que Catalina lo supiese. Por eso he querido decírtelo a ti solo.

—Comprendo.

Pedro apareció en aquel momento en la puerta.

—¿Se puede saber lo que pasa?

—¿Y las chicas?

—Las he mandado hacer comida. ¿He hecho bien?

—Sí, pasa.

Y cuando Pedro estuvo junto a ellos comunicó:

—Luigi ha muerto.

—¡No!

Intervino Hilda.

—Sí. Quiso atacar a los monstruos y ellos lo mataron...

—¿Y Yolande?—inquirió Lucien, con un tono de franca angustia en la voz.

—Sigue viva. Ellos la respetan para que Hans cumpla lo prometido: llevarnos a todos allí.

Pedro se mordió los labios, y volviéndose a Lucien exclamó:

—¡No hay que perder tiempo!

Pero el otro, sordamente:

—¡Voy a matarlo!

—¿Qué?

—¡Ya no me importa lo que pase! ¿Me crees tonto? Yolande no escapará nunca de allí, Hilda lo ha dicho.

—Pero...

—¡Nada! ¡Lo mataré! Esta vez no escapa.

Y salió corriendo, oyéndose sus pasos al bajar hacia el subsótano, donde estaban las armas.

Hilda y Pedro se miraron.

—Comprendo lo que siente —dijo ella — y no puedo hacer nada por evitarlo. Porque, en el fondo, tiene toda la razón. Quizá sea mejor que muera.

—¡No! ¡Nunca! ¡Yo voy a evitarlo!

Y recordando las palabras de Stonosky, corrió al subsótano. Llegó justamente cuando Lucien abría la puerta del arsenal.

—¡Espera!

Pero Dellot no le hizo caso y abrió, corriendo hacia donde estaban las panoplias con los rifles termógenos.

Pedro se lanzó, en un «plongeon» formidable a los pies de su amigo y ambos cayeron, confundidos en una única masa, peleando rabiosamente.

Pedro era fuerte, pero la cólera de Lucien duplicaba sus energías. Así, bruscamente, Dellot consiguió escapar del otro, corriendo hacia otra panoplia de pistolas, casi al tiempo que Pedro llegaba junto a los rifles.

Movido por un instinto oculto, el mexicano cogió el arma, dejándose caer al suelo, aplastándose contra él.

La explosión hizo astillas las otras armas, por encima de su cabeza. Supo entonces el mexicano que Lucien estaba dispuesto a todo. Por eso, en la décima de segundo que tardó en llegar a aquella conclusión, se revolvió como una fiera y disparó contra Dellot.

El proyectil dio en pleno pecho de Lucien, destrozándolo por completo. Su cadáver, en pedazos, se desplomó en el suelo, como un muñeco desarticulado.

Pedro se puso en pie.

El alarido de Hilda llegó hasta él y así supo que ella había «visto» la escena.

Miró a los restos de Lucien.

—Lo siento, amigo... pero no había más remedio—dijo.

* * *

Al materializarse en el sótano, Hans no sabía cómo iba a arreglárselas para terminar, de una vez para1 siempre, su asquerosa traición.

Lo que sí sabía era que deseaba terminar de una vez.

Porque estaba convencido de que nada iba a salvarle y que más valía acabar que seguir sufriendo.

Se materializó justo en el momento en que Pedro salía del subsótano, con el rifle humeante entre las manos.

Miró al mexicano, sin comprender.

Éste, al verle, dejó caer el arma y con una sonrisa que le costó exteriorizar explicó:

—He terminado con él, Hans.

—¿Qué... ha... ocurrido?... — balbució el germano.

—Lucien. Quería matarte.

Hans se estremeció.

—¿Matarme...?

—Sí. Nadie cree en ti, sobre todo desde que esa loca de Hilda les cuenta una sarta de visiones de histérica. Desde que me he despertado, todo el mundo parece loco.

Hans estaba estupefacto.

—¿Tú crees en mí?

—¡Naturalmente! Te conozco hace mucho tiempo y sé que no nos traicionarías por nada del mundo...

—Pero...

—No me crees, ¿verdad?

Hans no dijo nada y Pedro pidió:

—Ven, baja conmigo.

Momentos después, al contemplar el cadáver de Lucien, con un estremecimiento de horror, Hans tuvo que convencerse de la buena fe de su amigo.

Pero las dudas le asaltaban.

Porque no estaba seguro de que los monstruos de Espacio-Dos cumpliesen, como temía Yolande, lo que habían prometido; aunque...

—¿Por qué no iban a hacerlo?

¿Qué podía importarles el que, dos seres humanos viviesen en un planeta, completamente solos... si ellos prometían no tener descendencia alguna?

Porque Hans estaba dispuesto a prometer lo que fuese con tal de estar junto a Yolande. Sobre todo ahora que Lucien, el único estorbo, había dejado de existir.

Todo apareció en su mente con un color más rosado.

Por eso, sonriendo a Pedro, le dijo:

—Estoy contento de que creas en mí, amigo.

—¿Por qué no? ¡Basta de locuras!

El cerebro del mexicano trabajaba a toda velocidad, y cuando sus ojos tropezaron con los de Hilda, que acababa de salir de la habitación, se percató, con pánico, de que el peligro estaba allí, en aquellas pupilas... «que habían leído la verdad de lo ocurrido y de lo que iba a ocurrir».

Hilda le miró con horror; después, corriendo hacia el germano, dijo:

—¡Hans, amor mío! ¡Hans, ten...!

El puño de Pedro voló, golpeando a la muchacha en el mentón.

La joven se desplomó en sus brazos.

—¿Por qué has hecho eso...? — desconfió Hans.

—¡Porque ya estoy harto, de sus mentiras! No sabe más que decir que Luigi ha muerto y que tú has tenido la culpa.

Pedro se dio cuenta de que su golpe había dado en pleno blanco, ya que Hans palideció.

—Es horrible... —dijo.

Y entonces — ¡al fin acababa de encontrar el procedimiento!—Pedro pasó a la acción.

Su formidable puño izquierdo voló hacia el mentón de Hans, chocando contra él con un impulso tremendo. El alemán, sin tiempo ni para mirar hacia el otro, se desplomó, cayendo al suelo.

Sin perder un segundo, Pedro, con la frente perlada de sudor, echó al otro en su lecho, atándolo con las correas y colocando el casco sobre su cabeza.

Luego fue en ayuda de Hilda.

* * *

Con los ojos desorbitadamente abiertos, Hans miró a aquel hombre, convencido de que era víctima de una alucinación.

—¡Profesor Stonosky!

El rostro de Leo expresaba severidad.

—Sí, soy yo. Y veo que Pedro ha conseguido lo que se proponía.

—¿Pedro? No entiendo.

—Sí. Le encargué que te colocase en su lecho, el único que estaba conectado con mi máquina del tiempo.

—¿Eh?

—Sí. Has retrocedido al pasado y estás, exactamente, nueve días después de tu colocación en la sala de hibernación.

La mirada de Hans expresaba pavor.

—¿Por qué me han traído aquí?

El otro le miró fijamente.

—Porque lo sabemos todo, Hans. Sabemos que has cometido la peor de las traiciones, impelido por una pasión ciega y absurda.

—Yo...

—No te justifiques. Ya todo es inútil. Por eso te he hecho venir aquí.

—No comprendo.

—Escucha. Yo no esperaba que fueses precisamente tú el que poseyese la facultad de pasar de un espacio a otro. Si lo hubiese sabido... En fin, no sé ahora...

Y después de una pausa preguntó:

—¿Cuántas veces has ido al otro espacio?

—Cuatro.

—¿Qué espacio es?

—Espacio-Dos.

—¿Cuántas dimensiones?

—Seis.

—Bien. ¿Y los has encontrado?

—Si.

—¿Seguro que son ellos?

—Sí.

—¿De qué clase de criaturas se trata?

—Son albuminoides y están divididos en dos clases: los «neuronas», eminentemente cerebrales, y los «metamórficos:», seres inferiores, maleables hasta el infinito y que sirvieron para hacer los escarabajos.

—¿Carecen de organización interna?

—Sí. Son monocelulares gigantescos, e invencibles.

Léo Stonosky sonrió.

—Eso es lo que vamos a ver. Porque deseo, si es que aún tienes un poco de sentimiento de honestidad, que seas tú quien resuelvas el problema. Puesto que tú eres el único en poder llegar hasta ellos.

—Igual que los demás.

—¿Por qué?

—Porque mi cuerpo queda, como el de los otros, en los límites de los dos espacios.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Ellos.

Stonosky lanzó una carcajada.

—¡Se han burlado de ti, estúpido! ¿Cómo podrías, entonces, arrastrar a los otros si no tuvieses el poder de los «neuronas»? Si en vez de Luigi, como me has contado antes de despertar, por hipnotismo, hubieses sido tú el que se lanzara contra ellos, hubieras matado a unos cuantos.

—¡No es posible!

—Yo te demostraré que, es verdad. ¿Cuántos son los «neurones»?

—Una docena, pero los otros son millones.

—Los otros no nos importan nada. Vas a regresar al futuro. Cogerás un fusil e irás al Espacio-Dos. Y allí acabarás con esa maldita raza.

—¿Qué ocurrirá después?

—Que yo «presentizaré» tu acción.

—¿Qué quieres decir?

—Que haré que vayas desde el presente.

—Pero...

—Escucha. Tú recoges el fusil y vuelves a sentarte en el lecho. La máquina del tiempo te traerá nuevamente aquí y yo «presentizaré» el aparato, de manera que partas desde este tiempo...

—¿Por qué?

—Ya lo sabrás.

Y después de una pausa preguntó:

—¿Estás dispuesto a hacerlo? Ya sé que puedes traicionar nuevamente, pero creo que no lo harás.

—¿Tiene confianza en mí?

—Sí.

—¿Y Yolande?

—Todo eso se arreglará después... Te lo prometo.

—¿De veras?

—Seguro. Cuando todo esté acabado y regreses al presente con ella, yo te juro que no habrá más problemas entre vosotros.

—Gracias.

—Mucha suerte, muchacho.

Y oprimió el botón.

EPÍLOGO

Stonosky se quedó mirando el sillón vacío de la máquina del tiempo.

Su frente estaba surcada de profundas arrugas.

Después de permanecer allí un buen rato se levantó, saliendo de la habitación y dirigiéndose al aparato de radio que tenía en la vecina y con el que, ya que los teléfonos habían dejado de funcionar, podía comunicarse con sus amigos.

Momentos después estaba en contacto con los otros.

—¿Charles?

—Sí.

—Soy Léo. Coge a tu ayudante y venid. Es urgente.

—¿Ocurre algo?

—Ya lo verás.

Tuvo que esperar una hora hasta escuchar el rumor de los rotores del aparato. Después, los dos amigos descendieron por la escalera que conducía, desde la azotea en que se habían posado, a las habitaciones de Léo.

—Aquí estamos.

Estaban tan delgados y demacrados como él; pero, sonriendo, pasó a la habitación vecina, descendiendo después por las escaleras, tras haber hecho un gesto a los otros para que le esperasen.

Cuando volvió iba cargado de paquetes y botellas.

—¿De dónde has sacado eso? — inquirió Charles.

—De las reservas del sótano.

—¿Las que habías dejado para los muchachos?

—Sí.

—¿Entonces...?

—¡Oh, no! Todavía no ha pasado nada. Todo sigue su curso.

Y después de una pausa invitó:

—Comamos.

Lo hicieron y él no permitió que la comida fuese Interrumpida por conversación alguna, a pesar de que leía la impaciencia y la curiosidad en los ojos de sus amigos.

Cuando terminaron dijo:

—Venid.

Los llevó a la sala de control y desde allí, a través del muro de cristal, observaron a les durmientes.

—Esos muchachos han hecho posible una victoria maravillosa.

—¿Que quieres decir?

—Que hemos triunfado.

—Pero...

—Escuchad. En estos momentos, uno de esos jóvenes, Hans, va a realizar algo fantástico: vengar a la Tierra y salvar la Humanidad.

—¿Hans?

—Sí. Está ahí, pero desaparecerá pronto, ya que va a ser proyectado al pasado.

—¿A qué pasado?

—A hace tres años. Fecha suficiente para salvar a la Tierra.

—¿Entonces, por qué los hiciste dormir?

—Porque teníamos que saber quién era el destructor, el atacante, el asesino de los hombres. Veinte años de preparación, de desarrollo, han hecho de esos muchachos seres superiores, capaces de muchísimas cosas que os maravillarían: entre ellas la de penetrar en Espacio-Dos.

—¿Qué es eso?

Léo Stonosky se encogió de hombros.

—Nada importa ya y todo se puede decir; escuchad: esos muchachos han estado ya en el futuro, conocen la Tierra despoblada y estéril, la han visitado y han corrido la aventura más extraña que, unos seres humanos conocieron jamás.

»Pero uno de ellos poseía la propiedad de pasar de un espacio a otro y ése, Hans, es el que va a hacer lo imposible... retroceder y parar el golpe que nos iba destinado. Pero para eso ha sido preciso que' el muchacho se convirtiese en un superhombre.

—¿Y después?

Era Claude quien había hecho aquella pregunta.

—¿Después?

Miró al muchacho.

Los quiere usted, ¿verdad?

—Mucho. Es un grupo magnífico y me honro en tener amigos como ésos.

—Lo siento.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que el tiempo es irreversible y que, a pesar de que se pueda viajar por él, quien lo haga viola una ley sagrada... y muere.

—¿Eh?

El asombro se pintó en el rostro de Claude.

—¿Quiere usted decir que van a morir?

—Sí.

—¿Todos?

—Sí.

—¡Es un asesinato!

—Es posible, pero el precio, aunque grande, bien merece la pena. La Humanidad no conocerá jamás el horror que ha pasado. Porque lo que es una ley inviolable para el individuo, en lo que al tiempo se refiere, no lo es para la Humanidad, que, dentro de poco, no sabrá que ha vivido horas de terror.

—¡Yo no lo olvidaré!

—Sí, amigo Claude... Lo olvidará. Y ellos, excepto uno, lo ignorarán también. Ya que sólo hablé a Pedro, al que dije toda la verdad, para que obrase sin temor, puesto que todos iban a morir.

Y después de un silencio exclamó:

—¡Miren!... ¡Hans ha desaparecido!

—¡Es verdad!

—Vamos.

Le siguieron cariacontecidos, sobre todo Claude.

Una vez en el salón, Léo dijo:

—Hans va ya camino de cumplir con su deber. Yo he puesto en el café que hemos tomado un soporífero, ya que no conviene retroceder en el tiempo así como así, es muy brutal... ¿No notan sueño?

Charles bostezó. —Sí, un poco.

—Dentro ele un rato — dijo Léo Stonosky,— estaremos dormidos, y cuando despertemos «nada habrá pasado»,

—¿Y ellos?

—Iremos al sótano y, sin comprender por qué, sin recordar nada, nos encontraremos con los cadáveres de cuatro muchachos y cuatro muchachas...

—¡Pobrecillos!

—No. Hay en mi caja fuerte un mensaje para los hombres del futuro. En él se cuenta toda la verdad, y ellos, con toda seguridad, honrará a estos valientes. Seguro que colocarán una placa en un lugar visible, con sus nombres grabados en oro, para que el mundo sepa que, gracias a ellos, la Humanidad escapó... a... la... Gran... Hecatom... be...

Léo hizo un esfuerzo, sonriendo, por mantener los ojos abiertos, pero los párpados le pesaban como el plomo.

Se dejó arrastrar por aquella dulce pendiente, seguro de que el despertar sería el de un nuevo día, y que nadie, ni ellos, recordarían la pesadilla que Hans, con su rifle, estaba liquidando en las tenebrosas dimensiones del Espacio-Dos...


FIN

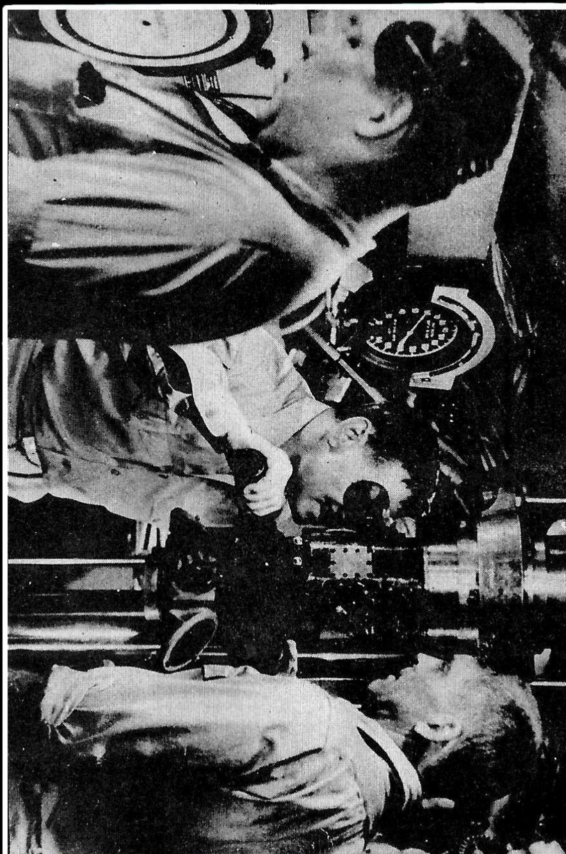
Más allá de Urano, Neptuno y Plutón... Más allá de donde alcanzaba la civilización terrestre, envuelto en tétricas brumas, rodeado de la per-petua negrura del Cosmos, giraba, mortalmente amenazador, el

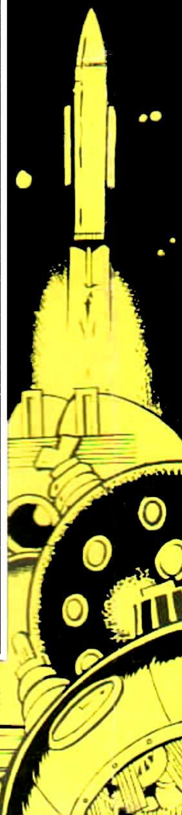
Planeta XII

SUS INVISIBLES TENTÁCULOS LLE-GABAN, A TRAVÉS DE TODO EL SISTEMA SOLAR, HASTA LOS CONFIADOS EXPEDI-CIONARIOS QUE APRESTABAN LAS ASTRONAVES PARA INICIAR SU BUSCA, LA BUSCA DEL

Planeta XII

¡TOME USTED PARTE TAMBIÉN EN ESA DESESPERADA Y TERRORIFICA LUCHA, LEYENDO EL PRÓXIMO NUMERO, ORIGINAL DEL GRAN ESCRITOR ***CLARK CARRADOS***!





Escena de la película TORPEDO
Distribuida por C. B. Films
Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 5,50 pesos

Notas

[←1]

La «Abiogénesis» constituyó, durante muchísimo tiempo, una teoría que gozaba de la aprobación general. Llamada también «teoría de la generación espontánea», explicaba el nacimiento de la vida como resultado «espontáneo», debido a la putrefacción de las substancias orgánicas, Así, se creía que las arañas, los ratones y otros animales «se criaban» en el polvo y la suciedad de los rincones y que las moscas se formaban en el seno de la carne putrefacta. Fue Luis Pastear, el genial investigador francés, el primero que, encerrando un trozo de carne en un

recipiente, fuera del alcance de otras moscas, demostró la falsedad de la generación espontánea, ya que las moscas de la carne salían, naturalmente, de los huevos puestos por las hembras.

[←2]

El tiempo, ligado a los estudios de eminentes bio-químicos, es, según ellos, un proceso «irreversible». Esto quiere decir que no puede volver hacia atrás, sino que se trata de una progresión, de un avance en un solo sentido. La importancia de esta afirmación reside en la idea de que el tiempo está íntimamente asociado a las características de los coloides que integran el protoplasma celular que, del mismo modo, «son irreversibles»: reacciones químicas en un solo sentido.